

Michael Uhl:

Betty Rosenfeld

Entre la estrella de David y la bandera roja
Biografía

RESUMEN

ÍNDICE

MUESTRA DE LECTURA

(PREFACIO Y EXTRACTOS DE UN CAPÍTULO)

– **TRADUCCIÓN** –

© michaeluhl@aol.com

Resumen del libro

Michael Uhl: Betty Rosenfeld. Zwischen Davidstern und roter Fahne. Biographie [*Entre la estrella de David y la bandera roja. Biografía*], Stuttgart (ed. Schmetterling) 2022, 672 págs.

Betty Rosenfeld (Stuttgart, 23.3.1907 - Auschwitz, 1942) nace en una familia judía de clase media. Sus padres son religiosos (Theresia, la madre, mantiene la cocina *kosher*), pero liberales más que ortodoxos. El padre, Benjamin, tiene una pequeña empresa de lana de limpieza de algodón y aceite para máquinas y suministra a conocidas empresas de Stuttgart, como Mercedes y Bosch. Stuttgart es considerada una ciudad abierta. Entre sus 140.000 habitantes (en el año 1907) se encuentra una comunidad judía, que en ese momento cuenta con unos 4.000 miembros. La mayoría son asimilados y todavía antisionistas.

Betty tiene dos hermanas: **Lotte** e **Ilse**. Ambas estudian en Berlín: Ilse gimnasia moderna y Lotte trabajo social. Las tres hermanas están estrechamente relacionadas. La trayectoria vital de Betty sólo se hace realmente comprensible a través de la yuxtaposición con Lotte e Ilse. Cuando los nazis comienzan las deportaciones a finales de 1941, Lotte es deportada de Stuttgart a Riga (y asesinada). También la madre es víctima de la Shoah (deportada a Theresienstadt, asesinada en Treblinka). Sólo Ilse, la hermana menor, consigue emigrar a Estados Unidos y sobrevivir. Entre los documentos de familia que ella ha dejado destaca una colección de cartas que Betty escribió desde Francia después de la Guerra de España, y cartas que Lotte y la madre enviaron desde Stuttgart al mismo tiempo. En sus cartas conmovedoras (pero también llenas de ironía), Betty aparece humilde como persona, pero exigente con la sociedad.

Betty se hace **enfermera** y trabaja entre 1928 y 1930 en Wiesbaden en un hospital. Durante este tiempo pertenece a una asociación judía de enfermeras y lleva la estrella de David en un broche en el cuello. Presumiblemente por fastidio, abandona este hogar y vuelve a Stuttgart para trabajar como auxiliar en la oficina de su padre a partir de entonces. Más tarde sólo trabaja como enfermera por razones especiales (emigración, guerra). Debido a un hipertiroidismo patológico, ella misma padece un marcado temor, que un médico con el que trabajó en Murcia recordaría bien décadas después. Podemos imaginar, pues, cómo ella se sintió cuando, tras su deportación, tuvo que presentarse en la rampa de Auschwitz ante un médico de las SS que no hubiera dudado mucho en mandarla directamente a la cámara de gas.

Inspirada por un alto sentido de la justicia, comienza a interesarse por la **política** durante su juventud. Tras integrarse en un movimiento de senderismo judío, se afilia al liberal Partido Democrático Alemán (predecesor del actual FDP), uno de los pilares de la democracia frágil de la República de Weimar. Una experiencia ideológica clave supone su participación en un curso de verano de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad en Francia en 1930, cuya sección francesa va alejándose de Gandhi y acercándose a Lenin. Decepcionada por el desarrollo político en Alemania, Betty se une al movimiento obrero socialista, con el que también entra en contacto directo a través de amistades personales. Se hace marxista y atea pero no abandona su comunidad religiosa ni rompe con su antiguo círculo de amigos judíos burgueses.

Cuando **los nazis** llegan al poder (sin tener la mayoría de los votos) en Alemania en 1933, Betty se une a un grupo de **resistencia** comunista en Stuttgart y teclea en la máquina de escribir folletos contra el nuevo régimen. Cuando sus compañeros son detenidos uno a uno por la Gestapo, ella huye a **Palestina**, donde vive un primo suyo sionista. Trabaja como enfermera en

una residencia infantil de Jerusalén y como trabajadora auxiliar en un moshav (una cooperativa agrícola) en Kfar Yedidya.

Durante su estancia en Tierra Santa, sucede el **golpe militar en España** en el verano de 1936. Es una de las primeras voluntarias que acude desde Palestina en ayuda de la amenazada República Española. Para organizar el dinero de la travesía, Ilse regala a su hermana una reliquia de familia, un anillo de ópalo azul, que Betty empeña sin miramientos por la „causa". Betty asocia la defensa de la República Española con las esperanzas personales, la visión de una futura liberación de su patria. Además de la reportera gráfica Gerda Taro, es la única mujer de Stuttgart que está dispuesta a arriesgar su vida por esta causa. (Un total de 29 personas de Stuttgart lucharon en el bando de la República Española).

Tras su travesía Haifa-Marsella-Valencia, Betty se alista (marzo de 1937) en las **Brigadas Internacionales** (BB.II.) en Albacete y llega a Murcia como enfermera titulada, donde se encuentra el mayor centro médico del **Servicio Sanitario Internacional** (SSI) cuya sede murciana estaba ubicada en el antiguo Sanatorio San Carlos. Trabaja primero en un hospital militar quirúrgico ("Casa Roja"), y luego en el hospital de medicina general ("Radio", más tarde llamado "Paul Vaillant Couturier"), especializado en el tratamiento de la fiebre tifoidea, hasta la evacuación y el traslado del centro sanitario internacional de Murcia a Mataró en la primavera de 1938.

Un máximo del 10% de los voluntarios son extranjeros de las BB.II., pero el 50% de sus enfermeras y el 70% de sus médicos son judíos. Por tanto, internamente, el yiddish (a grandes rasgos, alemán medieval, al igual que el ladino de los sefardíes es una forma arcaica del español) se habla en los hospitales del SSI en Murcia, también por el primer médico jefe de Betty, el argentino Dr. Juan Goldstray.

Cuando su hermana Ilse emigra a **EE.UU.** en el verano de 1938, Betty solicita un permiso de quince días para una estancia más allá de los Pirineos, una práctica habitual (posible en determinadas circunstancias según el Decreto del Estatuto de las BB.II. del 23 de septiembre de 1937) a la que se acogieron muchas enfermeras de la SSI. En **París** quiere reencontrarse con su hermana, pero se pierden por pocos días y no vuelven a verse jamás. Betty quiere volver a España, pero Francia cierra la frontera catalana. Cuando las Brigadas Internacionales se disuelven en septiembre, Betty queda atrapada en París como refugiada. Su pasaporte se perdió en España, lo que hace imposible el regreso a Palestina. Entre los veteranos de las Brigadas Internacionales de París, conoce a **Sally Wittelson** (el nombre Sally es yiddish, una forma corta de Salomón), un ex interbrigadista judío de Leipzig. Los dos se enamoran. Ante las autoridades francesas afirman haberse casado en España, lo que no se corresponde con los hechos sino con un plan estratégico (evitar una separación forzada por la policía). Sin embargo, no tienen documentos como prueba, así que el plan está condenado a fracasar. Más tarde, durante el tiempo de su internamiento, estarán físicamente separados durante tres años y sólo estarán en contacto por carta. Sólo se reencontrarán después de la extradición por **el régimen Vichy** y poco antes de su **deportación** en el campo de recogida de Drancy (al norte de París). En un camión de ganado viajarán juntos "hacia el Este", según la denominación oficial.

Antes de eso, los dos, junto con un grupo (aparte de Betty sólo hombres) de seis antiguos interbrigadistas (tres alemanes, un austriaco, un polaco, un italiano como portavoz - que más tarde será víctima de las "purgas" de Stalin en la Unión Soviética), atraviesan una odisea de alojamiento de refugiados que les lleva de París a la provincia de Occitania, y allí al aislamiento

rural, hasta la detención de los hombres, a la que luego sigue la de las mujeres. Durante este tiempo, Betty también está rodeada de refugiados españoles republicanos, para los que traduce ante las autoridades francesas (ya traducía en Murcia para los carteles murales de su hospital). Como se desprende de sus cartas, la experiencia de la guerra española sigue teniendo una importancia constitutiva para ella. Sólo pasa a un segundo plano cuando la *Wehrmacht* alemana invade Francia en el verano de 1940 y, al final, las raíces judías adquieren más importancia que las convicciones políticas.

Como **comunista** "creyente", Betty confía ciegamente en Stalin y en la Comintern, al igual que una católica devota habría confiado en la salvación mediante el Papa y el Vaticano. En su situación, tampoco tiene otra opción. Su "familia" antifascista, como se denominan las comunidades de los barrancones de los campos de mujeres del sur de Francia, le ofrece consuelo y apoyo. Detrás de las alambradas, las mujeres extranjeras se cogen de la mano y cantan a voz en grito la "Internacional" para que todos los habitantes del pueblo se den cuenta de que detrás de las alambradas, las internadas siguen existiendo. En agosto de 1942, Betty es arrancada bruscamente de esta comunidad solidaria y trasladada del campo de Brens (que sustituye al de Rieu-cros) al campo de Gurs, que se ha transformado en un "campo judío", y de ahí al campo de recogida de Drancy, donde tiene que llevar una estrella amarilla (la versión francesa: "JUIF") y es deportada a **Auschwitz** junto con su compañero Sally el 7 de septiembre de 1942 con el transporte n° 29.

Fuentes y situación de investigación

Antes de la publicación de esta obra, el destino de Betty Rosenfeld era completamente inexplorado. Incluso en los estudios de Raanan Rein (universidad Tel Aviv) sobre los voluntarios procedentes de Palestina, su nombre no aparece. En 2017, en el cumpleaños de Betty y al inicio de su investigación, el autor publicó por primera vez un artículo sobre el tema en el diario "Stuttgarter Zeitung".

De acuerdo con la aspiración personal del autor de acercarse lo más posible a sus fuentes, para ofrecer una imagen lo más vívida posible, se puede explicar la considerable longitud del relato. Debido a la situación de desequilibrio de las fuentes, algunos capítulos parecen más densos que otros. Los más animados sin duda alguna son los tres capítulos sobre Francia, en los que también la propia protagonista tiene la palabra con citas de cartas.

Para este libro, se examinaron numerosos archivos privados y públicos en Alemania, España, Francia, Israel y Estados Unidos. La situación de las fuentes era especialmente favorable en los archivos franceses, cuyos expedientes conducían, casi sin interrupciones, desde el internamiento de la refugiada como "*étrangère indésirable*" hasta su extradición y deportación como "*israélite*". En cambio, su estancia en Palestina está documentada muy escasamente.

Se suele leer que un 90% de los documentos oficiales de las Brigadas Internacionales se encuentran hoy en día en el archivo del RGASPI en Moscú (del que también procede la foto de la portada del libro). Ciertamente, pero con una excepción (poco conocida): La mayor parte de las fuentes (desgraciadamente fragmentarias) del SSI están conservados en el CDMH de Salamanca. El hecho de que aún no hayan sido evaluados exhaustivamente por los investigadores se debe probablemente a su acceso lingüístico. Fuera del "*American Medical Bureau*" que gozaba de gran autonomía en España, el inglés no era una *lingua franca* dentro del SSI. Ni siquiera

el director búlgaro (Dr. Minkoff) del centro sanitario de Murcia hablaba inglés. Sin embargo, como la mayoría de los europeos del este con alto nivel educativo (que predominaban entre los médicos extranjeros del SSI), hablaba un alemán fluido, cosa que se ha traducido también en las fuentes. Cuando la directora nueva del Hospital "Radio" de Murcia (la médico Dr. Franzes Vanzant, EE.UU) se horrorizó al descubrir que nadie en su hospital entendía el inglés, excepto una enfermera (Betty), escribió a sus padres en Texas, solicitando un diccionario médico alemán-inglés.

Dado que los investigadores se han centrado desde un principio en los dos hospitales principales ("Universidad" y "Pasionaria") del Centro Sanitario Internacional de Murcia, existe una brecha de investigación con respecto a los dos hospitales en los que Betty trabajó en Murcia ("Casa Roja", "Radio"). Sobre todo el "Radio" parece haber caído en el olvido. El edificio situado frente a la entrada del paseo del Malecón fue ocupado después de la guerra por las juventudes de la Falange con una emisora de radio, y luego fue demolido, quedando el solar vacío. Nadie en la ciudad recuerda que aquí hubo un hospital en el que entraban y salían enfermeras extranjeras, que detrás de él, en el Jardín Botánico, había un hogar de niños para huérfanos de guerra, dirigido por una comisión cultural de las BB.II. Para cerrar la brecha de investigación, ha sido preciso investigar las fuentes primarias a fondo.

El correo de Betty desde España hasta Stuttgart se desvió primero a Francia, adonde había emigrado una amiga suya. Esta amiga envió el contenido del correo de Betty confidencialmente a Alemania. Una vez allí, sus hermanas lo destruyeron inmediatamente después de leerlo por razones de seguridad (por miedo a la Gestapo, ya que Alemania apoyaba a Franco). Por lo tanto, por razones obvias, como la mayoría de los voluntarios que vinieron de países con dictaduras, no se ha conservado ninguna carta personal de ella de su estancia en España. La única carta que se conserva de ella (mostrada en el libro) es su petición de permiso al Dr. Edward Barsky, director de Ayuda Médica Extranjera, la organización sucesora del SSI. También esta carta no proviene del archivo de Moscú, sino que, irónicamente, vuelve a estar en Salamanca. En Moscú, en cambio, aparte de los fondos abundantes de las BB.II., en los archivos de cuadros de la Comintern, yace la solicitud de afiliación de Betty al Partido Comunista de España (su biografía de militantes), que rellenó en junio de 1938 en Mataró con una máquina de escribir y en un español pasable. El documento ofrece una visión de su desarrollo biográfico con muchos detalles.

Sin embargo, la fuente principal fue la mencionada colección de cartas escritas por Betty en Francia 1938-42 o por su hermana mayor Lotte en Stuttgart y enviadas a su hermana menor Ilse en Estados Unidos. La última señal de vida de Betty es un mensaje de despedida garabateado en un papel, escrito unos días antes de su deportación, a finales de agosto de 1942. Con sus últimas fuerzas escribió: "*¡Querida hermanita! Ahora me toca ir adonde Lotte tuvo que ir. Espero que Sally pueda quedarse. [...] ¡Ahora debéis ser muy valientes!*"

Por razones estructurales, la tradición oral se limita principalmente a los testimonios de testigos contemporáneos "de segunda mano". Entre las personas que conocieron a Betty en persona hay un pariente en Israel que ahora tiene 104 años. En parte, fue posible beneficiarse de las entrevistas que el autor realizó anteriormente con testigos contemporáneos, como Kurt Julius Goldstein, que partió de Palestina a España junto con Betty a bordo del mismo barco y que, a diferencia de ella, sobrevivió a Auschwitz (se hizo vicepresidente del Comité Internacional de Auschwitz en los años setenta del siglo pasado).

En total, se han dedicado cuatro años a tiempo completo a la investigación y redacción de este libro, que no habría sido posible sin el apoyo financiero de una organización financiera y donante independiente.

Sobre el autor:

Michael Uhl, nacido en Stuttgart en 1971, se doctoró en Historia en la Universidad de Tubinga (2002) con el tema del legado de las Brigadas Internacionales en Alemania del Este. Lleva investigando la historia de los voluntarios alemanes de las Brigadas Internacionales desde la década de los años noventa del siglo pasado. Además de los aspectos biográficos, ha prestado especial atención a lados oscuros como la vigilancia y la represión estalinistas de los voluntarios internacionales. De momento trabaja como autor independiente, no pertenece a ningún centro de investigación.

michaeluhl@aol.com

Publicaciones relevantes (los títulos aparecen traducidos al castellano):

Las Brigadas Internacionales en el espejo de los nuevos documentos, en: Internationale Wissenschaftliche Korrespondenz zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung (Correspondencia científica internacional sobre la historia del movimiento obrero alemán), 4 (1999).

(Junto con Peter Huber, Basilea) Las Brigadas Internacionales: Vigilancia y represión política tras la revisión de los archivos rusos y occidentales, en: Ebre 38. Revista internacional de la Guerra Civil, 2 (2004).

El Mito de España. El legado de las Brigadas Internacionales en la RDA, Bonn, ed. J.H.W. Dietz Nachf., 2004.

Betty Rosenfeld. Entre la estrella de David y la bandera roja. Biografía, Stuttgart, ed. Schmetterling, 2022.

El Teniente molesto Heinz Weil, en: Exil 1933-1945. Forschung, Erkenntnisse, Ergebnisse (Exilio 1933-1945. Investigación, Conocimientos, Resultados), 1 (2022), cuya aparición está prevista para junio. [El único caso documentado de un interbrigadista condenado a muerte y ejecutado por sus propios camaradas por ser considerado "provocador trotskista"].

Artículos y reseñas en la prensa diaria, el más reciente sobre la nueva publicación de Giles Tremlett, en: Neues Deutschland, 6.1.2022. <https://www.nd-aktuell.de/artikel/1160178.spanienkrieg-wider-verdammung-und-verklaerung.html>

Índice

Prefacio	9
Notas para el lector	12
Capítulo primero: De Hoffenheim a Stuttgart (1809-1901)	13
Capítulo segundo: Stuttgart en lugar de Jerusalén (1902-1919)	
I. Tres chicas	21
II. Zurdas.....	28
III. "¡El próximo año en Stuttgart!"	33
Capítulo tercero: Gaviota blanca, águila negra (1920-1930)	
I. Compañera.....	53
II. Lectora de periódicos	59
III. Ciudadana.....	64
IV. Enfermera	73
V. Betty en Wiesbaden	77
VI. Ilse en Berlín	86
VII. Lotte en Stuttgart y en Berlín	90
Capítulo cuarto: Banderas rojas (1930-1932)	
I. De Ghandi a Lenin	109
II. Escuela Obrera Marxista	121
III. Sepp y sus amigos	131
IV. Berlín - Hamburgo - Stuttgart	138
V. Violencia parda	143
VI. Socorro Rojo	149
VII. Baluartes	155
VIII. El "Spieltrupp Südwest"	158
IX. Hermann, Wolfgang y "Teddy"	163
X. "Deporte Rojo" y Ayuda Internacional de los Trabajadores	168

Capítulo quinto: Esvásticas (1933-1935)

I.	Rigurosamente con "R" vibrante.....	185
II.	Carteles amarillos	197
III.	"Un año nuevo mucho más hermoso"	204
IV.	Alemania es Caliban	211
V.	En la clandestinidad	218
VI.	"¡Estáis contaminando el aire aquí!"	227

Capítulo sexto: Jerusalén en lugar de Stuttgart (1935-1937)

I.	Amigos en Haifa, familiares en Talpioth	243
II.	Kfar Yedidya	252
III.	Un anillo de ópalo azul	259

Capítulo séptimo: España era su esperanza (1937-1938)

I.	Albacete	275
II.	Murcia, "Casa Roja"	280
III.	Murcia, "Radio"	305
IV.	Los niños del Malecón	313
V.	Murcia, "Couturier"	322
VI.	Mataró	338

Capítulo octavo: Indeseable en Francia (1938-1939)

I.	Stuttgart - París - Oakland	363
II.	París	368
III.	Millau	394
IV.	Sévérac-le-Château	415

Capítulo noveno: Entre alambradas (1939-1941)

I.	Oloron-Sainte-Marie	431
II.	En el campo de Rieucros	450
III.	La guerra se vislumbra	462
IV.	Anhelo	471
V.	¿Estados Unidos o México?	486

Capítulo décimo: Hacia el Este (1941-1942)

I.	Lotte "evacuada", la madre en la "residencia de ancianos"	513
II.	En el campo de Brenns	653
III.	Gurs	654
IV.	De Drancy a Birkenau	655
V.	De Stuttgart a Treblinka	656
VI.	Anexo	658

Capítulo undécimo: Lágrimas en Oakland (1945-1998)577

Capítulo duodécimo: Silencio en Stuttgart (1945-2020) 583

Apéndice

Notas sobre los capítulos	593
Árbol genealógico: Familia Rosenfeld y familia Mayer	653
Mapa: Lugares de importancia biográfica en Stuttgart	654
Mapa: Lugares de importancia biográfica en Europa	655
Agradecimiento	656
Fuentes	658
Archivos y testigos	660
Índice de personas	663
Abreviaturas	664

Muestra de lectura

(la numerización de las páginas no corresponde a la paginación del libro)

Prefacio

"*L'Étudiant de Salamanque*" es el título de un tango infravalorado de José Ferrer. Tenía su melodía en la cabeza cuando llegué a la céntrica ciudad española de Salamanca en otoño de 1994 con una guitarra de segunda categoría a cuestas. Las clases de su venerable universidad sólo me atrajeron en parte. Mi pasión era por otras cosas. Me uní a una banda de Rock'n'Roll que ensayaba por las noches en los suburbios, en el garaje del batería. También visité detenidamente el Archivo de la Guerra Civil en la calle Gibraltar, debajo de la antigua catedral. Ya entonces me fascinaba la historia de las Brigadas Internacionales. Un día, mientras buscaba voluntarios alemanes, encontré un documento amarillento de una enfermera en un montón de expedientes en la sala de lectura del primer piso: "BETTY ROSENFELD, 23-3-1907, Stuttgart". Un nombre fuerte, de mi lugar de nacimiento, incluso su cumpleaños estaba a sólo dos días del mío, pasó ingenuamente por mi mente. Una pequeña foto de pasaporte estaba grapada en la parte superior izquierda. Aflojé la grapa oxidada. Una mujer de pelo oscuro me miró profundamente a los ojos. Había arriesgado su vida por la libertad. Me pregunté cómo le había ido. Memorice su coraje sin perseguir más su destino. Estaba demasiado obsesionada con la veneración de los héroes masculinos, sobre los que algún día presenté a mi supervisor de doctorado un libro árido para lectores empedernidos.

A finales del verano de 2016, me tropecé literalmente con un "Stolperstein" en Stuttgart, un pequeño monumento en el pavimento con forma de adoquín dorado, colocado para las víctimas del fascismo. Inmediatamente recordé el nombre de Betty y me quedé atónito. Así que al final había sido asesinada. Sólo ahora me di cuenta de dónde ella había vivido. Precisamente aquí, de todos los lugares que hay, pensé. Por una razón personal, conozco ese lugar como la palma de mi mano. En casa, busqué febrilmente mis viejos apuntes. Llamé al responsable de la Iniciativa Stuttgart-West Stolperstein. Siga usted sus huellas, me animó por teléfono. Ese mismo día compré un billete de tren para Auschwitz. Frente al lugar donde mis compatriotas habían vertido botes de gas letal, puse flores para Betty. El asunto me preocupaba mucho. En el viaje de vuelta con "*Polskibus*" decidí intensificar mi investigación. El objetivo era escribir

un pequeño folleto sobre el destino de la desconocida enfermera judía. En los prolegómenos, escribí un artículo que fue publicado en el diario *Stuttgarter Zeitung* el día del cumpleaños de Betty en 2017. La base de fuentes era todavía inestable. Tuve que arreglar algunas cosas después. El folleto pronto se convirtió en un libro extenso.

Me enteré de que dos sobrinas de Betty Rosenfeld siguen viviendo en Estados Unidos. Ambas me respondieron. Se produjo un animado intercambio de correos electrónicos que nos afectaba a todos mucho. Entusiasmado, acepté una invitación para ir a Estados Unidos. Teri, la sobrina más joven, me recogió en el aeropuerto con su perro. En su casa de Berkeley me esperaban un montón de cartas y fotos antiguas de Stuttgart. Mientras estaba rebuscando bajo la luz de una lámpara colgante, encontré la carta de despedida de Betty. Poco antes de su deportación, le había escrito con letra temblorosa a su hermana Ilse, que había logrado huir a América a tiempo para escapar de los nazis. Mi corazón latía tan fuerte que me quedé despierto toda la noche. Por la mañana traduje la carta al inglés para Teri. Teri se puso a llorar en la mesa del comedor. En San Diego, la hermana de Teri, Miriam, me recibió. Sin vacilar, me confió las llaves de su coche durante mi estancia. La segunda parte del patrimonio de la hermana de Betty descansa en su piso. Miriam me invitó a presentar mi proyecto de libro a un grupo secular de la comunidad judía. El día antes de irme, Miriam cambió las tornas y me entrevistó en el balcón. Las olas del mar rompían al fondo. Sus técnicas de interrogación eran mejores que las mías. No era de extrañar, estaba sentado frente a una hipnoterapeuta profesional.

De vuelta a Europa, investigué obsesivamente. Busqué en los archivos de Alemania, Francia y España. Gracias a mis ayudantes e intermediarios, conseguí acceder también a documentos de Israel y Rusia. Me hice una idea precisa de todas las etapas biográficas sobre el terreno. Algunos edificios habían desaparecido de la escena, otros parecían no haber cambiado nada. Pasé por encima de los perros afilados y las expresiones críticas de las enfermeras cansadas para llegar a los últimos testigos presenciales. Uno de ellos vive en Israel, cerca de Netanja, en una residencia de ancianos. Debería darme prisa con mi viaje, me dijo por teléfono en un alemán impecable, tiene 102 años. De nuevo me metí en una agencia de viajes. El padre del brillante contemporáneo había sido un primo de Betty. Ni en EE.UU. ni en Israel había nadie que conociera a los familiares en el extranjero. Así que la búsqueda de pistas continuó. Un nombre que aparecía en las cartas de Betty fue un misterio para mí durante mucho tiempo. En algún momento se me encendió la luz. Betty se había enamorado de un antiguo voluntario de las Brigadas Internacionales en Francia, un comunista de Leipzig. Se llamaba Sally Wittelson. Por suerte, también tenía sobrinas

que vivían en Estados Unidos. Una pariente más joven en Inglaterra fue de ayuda. Para ellas era noticia que el tío Sally había luchado en la Guerra Civil Española y había perdido la vida en la Shoah. Ni las sobrinas de Betty ni las de Sally sabían de la relación. Era más que un romance. Betty y Sally se prometieron tras el alambre de espino en Francia, sin que sus manos se tocaran. Pero les esperaba un sombrío futuro. Su viaje juntos fue hacia la muerte.

Un día Teri me preguntó si ya había pasado por casa de Florian. ¿Quién era Florian? Resultó que su padre había sido amigo y vecino de Betty. El hijo sigue viviendo en la antigua casa de Stuttgart, junto a los "Stolpersteine". Me contó cosas que habían sucedido en Stuttgart hace mucho tiempo. Cosas importantes. Dejé mi trabajo para poder dedicarme por completo a investigarlas. Estaba constantemente de viaje, escribiendo en mi ordenador portátil, en el autobús, en el tren, en una pensión, día y noche, hasta que llegué al triste final de la historia. La reconstrucción abarca el destino de Betty, pero también el de toda su familia. La narración no sólo se basa en hechos reales, como se dice en el cine, sino que se apoya estrictamente en detalles poco espectaculares, que he intentado reconstruir minuciosamente. El resultado debe considerarse una aproximación. En algunos niveles estoy completamente a oscuras. ¿Cómo sonaba la voz de Betty? ¿Quién era su mejor amiga? ¿Tenía un color favorito? Mis preguntas llegan demasiado tarde. El escritor se inclina respetuosamente ante su protagonista y los actores que estuvieron a su lado. Intenté ponerme en su lugar, seguir su línea de pensamiento. Quería entender lo que significaba para ella tomar decisiones en la vida en ese momento. Mis descripciones de situaciones y personas se basan en fotos y cartas antiguas que encontré durante mi investigación. Durante mucho tiempo me devané los sesos con muchos documentos en los archivos. Cuando me atasqué al armar el rompecabezas de los hechos, seguí la regla de la probabilidad, en caso de duda mi propio instinto: Así podía haber ocurrido.

Stuttgart, junio de 2021

Capítulo séptimo

España era su esperanza

I.

Albacete

El vapor llegó al puerto de Valencia el 11 de marzo de 1937 sin incidentes dignos de mención. Las últimas millas náuticas habían sido complicadas. Frente a la costa se encontraba Mallorca. La isla había sido conquistada por los insurgentes y convertida en una base. Su flota estaba ahora anclada allí. Se temía a los buques de guerra italianos. Mussolini los puso generosamente a disposición de Franco. Para evitar ser reconocidos, los cruceros italianos navegaron sin bandera. Cambiaron constantemente de rumbo y se retiraron tras sus ataques hasta La Spezia. Valencia era un objetivo especial. En aquella época, la sede del gobierno de la República Española se encontraba en la ciudad vieja. Tras el ataque de Franco a Madrid, se había trasladado aquí por razones de seguridad. La ciudad estaba a punto de estallar. Estaba repleta de refugiados de guerra de Andalucía. Un avión de reconocimiento de la Fuerza Aérea Republicana sobrevoló el puerto. La alerta seguía activada.

A última hora de la tarde del 14 de febrero, el crucero italiano "Duca d'Aosta" había aparecido frente al puerto de Valencia. Los habitantes habían terminado su cena cuando habían caído las granadas. Durante ocho minutos, el crucero había disparado proyectiles de 152 mm de diámetro contra el puerto y el centro de la ciudad. Nadie lo había esperado. El pánico se había desatado en todas partes. Un hospital provincial y un comedor infantil del Socorro Rojo Internacional también habían sido alcanzados. La batería costera republicana había devuelto el fuego con el apoyo de un cañonero. Pero cuando el crucero enemigo había desaparecido en la oscuridad, 25 personas indefensas habían perdido sus vidas.

Los compañeros españoles llevaron al grupo de Betty en camiones a la estación de tren del norte. Estaba al lado de una plaza de toros. El bombardeo de febrero había dejado claras huellas en la fachada Art Nouveau de la estación. Un pequeño anticipo para los voluntarios. El viaje en tren se alargó. "Da-dam, da-dam", sonaron los railes. Betty miró

por la ventana. Palmeras y naranjos, como en Palestina. Cuanto más se alejaba el tren de la costa, más árido era el paisaje. El tren se detuvo en una estación de paso. En el andén, un comité local de recepción presentó sus respetos. Una escena que parecía sacada de un libro ilustrado. Sobre el portal del palio colgaba la bandera de la República Española: roja-amarilla-morada. El alcalde llevaba traje y bombín. Los representantes de las organizaciones de trabajadores se reunieron a su alrededor con banderas rojas. Una banda tocaba con instrumentos de viento y un timbal. Los músicos llevaban trajes oscuros y gorras. A lo lejos, unas ancianas con largas faldas negras permanecían inmóviles como pilares. Podrían ser del siglo anterior. Sus hijas comenzaron a moverse. Por las ventanillas de los vagones pasaban cestas de aceitunas envueltas en papel, panes y botellas de vino de cuero. En el compartimento de Betty, todos saltaron de sus asientos de madera. Fuera, los milicianos españoles se acercaban al tren. Llevaban uniformes verde oliva y pañuelos rojos en el cuello. Un cordón de tela roja colgaba de la parte delantera de sus pequeñas gorras verdes. Llevaban pintadas letras blancas en los laterales. Las letras representaban los nombres de su organización o unidad militar. De sus tirantes, a la altura de la cintura, a la izquierda y a la derecha, colgaban cartuchos de cuero marrón. Los milicianos llevaban polainas de color beige enrolladas en la parte inferior de las piernas. Los hombres saludaron en una postura relajada y con los puños cerrados. Un miliciano levantó su carabina para saludar a los camaradas extranjeros. Sonrió sin perder el cigarrillo de la comisura de la boca. La puerta se abrió bruscamente. Como una tormenta, los fuertes vítores resonaron en todo el compartimento. A pesar del aire espeso, se produjeron escenas conmovedoras. La mano peluda y pesada de un hombre se posó en el hombro de Betty y lo sacudió firmemente en señal de reconocimiento. Gente animada, pensó Betty. Sonrió y miró el rostro afeitado del hombre. Los ojos anchos, tan oscuros como el café, le devolvieron el brillo. Aparte de "camarada", "república" y "fascismo", Betty no entendía nada. Pero no era difícil adivinar que los vítores y la gratitud eran para su sudoroso grupo de pasajeros. Betty se dejó llevar por los abrazos fraternales. Nunca olvidaría este momento, nunca se arrepentiría, no importaba lo que iba a ocurrir después. Una abrumadora sensación de felicidad inundó su cuerpo. Le hizo olvidar todo lo que había pasado antes. Este estado de ánimo iba a continuar mucho tiempo cuando el tren volvió a traquetear.

La base de las Brigadas Internacionales estaba situada al suroeste de Valencia, en Albacete. La ciudad se encontraba en una amplia meseta en medio de una estepa olvidada por Dios por la que el viento silbaba incluso en primavera. A través de la ventana, Betty podía ver molinos de viento blancos en el horizonte. Por suerte había traído su abrigo de lana de Palestina. Albacete era demasiado grande para ser una

ciudad pequeña, pero tampoco realmente grande. Las calles estaban llenas de voluntarios con uniformes verde oliva y boinas negras. Los camiones y las ambulancias avanzaban a toda velocidad. El rugido de sus motores se mezclaba con los cascos de los caballos que montaban los soldados. En otoño de 1936 habían llegado los primeros voluntarios extranjeros. Su llegada supuso un hecho consumado para las autoridades. El 22 de octubre de 1936, el Gobierno Español selló el despliegue de las fuerzas auxiliares extranjeras. Dos funcionarios comunistas fueron considerados responsables de las Brigadas Internacionales. Uno fue descrito a Betty como un oso canoso con cara de morsa. Se llamaba André Marty. Como marinero de la marina francesa durante la Guerra Civil Rusa, había liderado un motín en un barco que debía navegar hacia el Mar Negro contra el "Ejército Rojo" ruso. El segundo hombre era un italiano. Tenía el título de Inspector General de las Brigadas Internacionales. Se hacía llamar Luigi "Gallo". Betty se enteró de que algunos voluntarios utilizaban alias. Especialmente cuando eran buscados por las autoridades de su país. Un grupo de voluntarios de élite enviados desde Moscú por la Internacional Comunista fueron llamados "mexicanos" a efectos de identificación, lo que sorprendió a los voluntarios que en realidad eran de México. Los voluntarios llegaron de todos los rincones del mundo. La mayoría eran franceses. El centro de reclutamiento también estaba en París. Los polacos, los italianos y los alemanes les siguieron en número. Entre los exóticos había estadounidenses de piel oscura y mongoles con ojos almendrados. La gente se entendía por gestos, intercambiaba tabaco. El tono era marcadamente masculino. Sin embargo, las voluntarias fueron tratadas con gran respeto. Había unos cien hombres por cada mujer en las Brigadas Internacionales. Todos se ofrecieron a llevar la maleta de una camarada.

El grupo de Betty fue llevado no muy lejos de la estación de ferrocarril y de una zona de fiestas tipo pabellón a un gran cuartel con torretas almenadas. Formaba parte de la guarnición de la Guardia Republicana. Antes del golpe de Estado, la policía española, acuartelada y paramilitar, se había llamado Guardia Civil. Como en otras ciudades, la unidad de Albacete había desertado a los golpistas en julio. Pero los milicianos republicanos habían vencido a los guardias y los habían capturado en el patio de su propio cuartel. La calle del cuartel también tenía un nuevo nombre: calle de la Libertad. Una enorme pancarta roja se extendía por el patio. En ella estaba escrito en blanco que las Brigadas Internacionales eran hermanos del pueblo español. Internamente, el francés era la lengua oficial. Así que se dijo *Brigades internationales*. Aparte de los franceses y los belgas, sólo unos pocos podían seguir. La mayoría de los voluntarios eran simples trabajadores o marineros que sólo conocían su lengua materna. Desde el principio, Betty quiso ser útil. Intentó traducir para los camaradas. Su grupo fue

recibido por un oficial con la ayuda de un intérprete multilingüe. Se tuteaban, independientemente del rango. Por lo demás, ya soplaban un viento militar. El pequeño grupo palestino finalmente se disolvió. Betty había acordado con Julius Goldstein mantenerse en contacto por correo militar. Betty compartía una habitación con tres o cuatro mujeres en uno de los pisos superiores del cuartel. Se sirvió una comida en un cuenco de hojalata abollado. Consistía en un guiso de garbanzos blandos y amarillentos. Por la noche, Betty salió al circuito de su piso. El carré estaba rodeado de arcos porticados, como en un monasterio. Apoyó las manos en la barandilla de piedra de una alcoba y miró hacia el gran patio. Los acordes de una guitarra sonaron desde abajo. Alguien tarareaba la melodía de la "Internacional".

Al día siguiente, Betty recorrió la ciudad. Los edificios para las Brigadas Internacionales habían sido requisados en todas partes. Su mando militar estaba en un colegio público dirigido anteriormente por monjas dominicas en la calle Salamanca. El cuartel general de las brigadas estaba en el casco antiguo, en una iglesia parroquial de color crema. Se llamaba "La Purísima". La administración de las brigadas se ubicó en la céntrica y noble Plaza del Altozano en las antiguas oficinas del Banco de España. La sucursal se había construido en este lugar sólo unos años antes. Frente a ella, algunos edificios estaban en ruinas. En la noche del 19 de febrero, los aviones alemanes habían lanzado bombas de racimo y artefactos explosivos pesados de hasta 250 kg sobre Albacete a intervalos de diez a veinte minutos durante seis horas y media. La presencia de las Brigadas Internacionales no había pasado desapercibida para Franco. El ataque también tuvo como objetivo las vías férreas por las que se transportaban los suministros militares. En los vagones de Betty, las ventanas se habían tapado desde el exterior al anochecer por motivos de seguridad. Las explosiones en Albacete habían hecho volar a 150 personas, la mayoría civiles inocentes, dijeron en el cuartel. Hitler seguía negando el uso de una legión alemana. Sus hombres con pañuelos voladores operaban en estricto secreto. Betty comenzó a odiarlos. Tuvo que controlarse para que sus manos no empezaran a temblar. Se estaba excavando un refugio antiaéreo subterráneo en la Plaza del Altozano. Betty se detuvo frente al alto edificio del Banco de España. Detrás de las altas columnas neoclásicas había una oficina de correos de las Brigadas Internacionales. Betty sintió la necesidad de escribir pronto a sus hermanas. Cerca de un parque de la ciudad con pinos y plátanos, descubrió un pequeño hospital militar. Su piso superior llevaba un moderno marco ornamental de estilo británico. ¿La necesitarían aquí?

Betty recibió instrucciones de presentarse en el Banco de España el 17 de marzo. La llamada sección de cuadros se encargaba de acoger y registrar a los voluntarios. Estaba

bajo el mando de un polaco con el nombre en clave "Winkler". La remuneración se gestionaba por separado en una sección de efectivos. Betty fue conducida a una habitación. Allí conoció a un hombre de uniforme con el pelo canoso que fumaba en pipa. Se parecía un poco a Josef Stalin, sólo que sin el bigote. El hombre tenía acento de Prusia Oriental, pero se presentó como "Fernando". Tenía rango de oficial y estaba a cargo del grupo de voluntarios de lengua alemana. Detrás de su escritorio colgaba una fotografía ampliada. El retrato mostraba a un señor calvo con papada y gafas de pasta: Manuel Azaña, Presidente de la República Española. Los ojos oscuros del presidente desprendían un aire de melancolía en el salón. No era un socialista, Betty lo sabía, sino un liberal. Quiso sacar a España de la Edad Media y llevarla a la modernidad, lo que molestó a los militares conservadores y a la Iglesia católica española. En las últimas elecciones de febrero de 1936, el Frente Popular progresista había salido victorioso. El bloque conservador católico opositor, el Frente Nacional, no se había resignado a la derrota. Sus partidarios apoyaron a los golpistas.

Betty fue remitida a un joven asociado. Su apellido sonaba a judío, su acento a alemán del sur. Se le pidió a Betty que expusiera su currículum vitae. Entonces el hombre hizo algunas preguntas más. Mientras ella respondía, él tomaba notas. La base quería asegurarse de que ningún agente o aventurero se infiltrara en sus filas. Por ello, todos los voluntarios eran controlados antes de ser aceptados. Pero con Betty, nada podía salir mal. Presentó su diploma del hospital de Stuttgart sobre el escritorio. El certificado desapareció posteriormente en su expediente personal. El archivo tendría el número 1403. En una sala contigua, un médico escuchó con un estetoscopio el corazón de Betty. Al final de los trámites, tuvo que entregar su pasaporte. No te preocupes, lo recuperarás todo después del servicio militar, se dijo para tranquilizarla. Como sustituto, recibió una tarjeta de identidad militar hecha de cartón amarillo. También era su libro de pago. En español se llamaba carnet militar o libreta. El escudo nacional español estaba impreso en negro en la parte superior de la cubierta. A su lado aparecían las palabras República Española, y debajo Brigadas Internacionales. Su carné estaba registrado con un número que debía recordar. En el interior, Betty estaba identificada con un sello rojo y azul como enfermera del servicio sanitario. Firmó en el espacio previsto para ello. La necesitaban en Murcia, el hombre del mostrador se puso manos a la obra. Debería prepararse. Se marcharía en dos días.

II.

Murcia, «Casa Roja»

Un soldado español ayudó a Betty a bajar del camión. Ella todavía tuvo que acostumbrarse al tono de corazón. Definitivamente, la gente hablaba más alto en España que en Alemania. Más alto que en Palestina, también. Betty devolvió el saludo de un guardia de la entrada con el puño en alto. "Salud y República", era lo que realmente deseaban. Lo había aprendido en el cuartel de Albacete. Pero aparentemente un breve "salud" fue suficiente. El edificio administrativo del servicio médico estaba situado en el centro de la ciudad, en un largo edificio de tres plantas hecho de estrechos ladrillos beis. Su techo no era puntiagudo, como era habitual en Alemania, sino suavemente inclinado. Las puertas estaban pintadas de marrón, las ventanas altas, como es habitual en España, tenían barrotes de hierro fundido en el exterior. En un panel de la pared, "Servicio Sanitario de las Brigadas Internacionales" estaba escrito con una letra todavía impecable, debajo "Sanatorio Quirúrgico San Carlos". El sanatorio formaba parte de un monasterio en desuso. Al final del edificio, una pequeña capilla colindaba en ángulo recto. Una campana flotaba en un nicho sobre el arco encalado de la capilla. Estaba fuera de servicio. Un hombre con bata blanca dio la bienvenida a Betty: Dr. René Catalette, director médico del centro sanitario internacional. Su nombre estaba en el papel que le habían dado a Betty en Albacete. Un hombre de uniforme se unió a ellos: Henri Neveu, antiguo reportero gráfico. La base de Albacete le había encargado como comisario general la creación del centro médico de Murcia. El edificio administrativo era de reciente creación, señaló Henri para disculparse del desorden. Betty recibió un breve resumen que puso a prueba sus conocimientos de francés.

El *Service Sanitaire International* o Servicio Sanitario Internacional (S.S.I.) era un servicio médico independiente de las Brigadas Internacionales. Estaba subordinado a la Jefatura de Sanidad, del cuerpo médico de las fuerzas terrestres republicanas. El alojamiento fue proporcionado por las autoridades y los organismos de la República Española. El equipo técnico y los medicamentos, en cambio, procedían en su mayor parte del extranjero. En los países democráticos se habían creado comités de ayuda a la República Española amenazada. Organizaron la recaudación de fondos. Betty ya lo había visto en Marsella. "*Aidez l'Espagne sanglante!*" - "¡Ayudad a la España sangrante!", habían gritado los socorristas en las calles, haciendo sonar latas. En Estados Unidos, Albert Einstein se había puesto al frente de un comité de ayuda. La sede del S.S.I., la *Centrale Sanitaire Internationale*, estaba en París. Coordinó el transporte

de materiales a España. Los hospitales de las Brigadas Internacionales recibieron de Francia medicamentos, ropa de cama, jabón y cigarrillos recogidos en los países democráticos.

En España, el S.S.I. se dividió, a grandes rasgos, en dos ramas: frente y retaguardia. En el frente habían hospitales de sangre para los primeros auxilios. En la retaguardia estaban los hospitales militares. Para la convalecencia, había centros de reconvalencia, que estaban situados en la costa mediterránea. En el mapa, la red del S.S.I. se extendía como un triángulo desde la levante hasta el vértice en Madrid. Estratégicamente, sus hospitales se extendían en cadena entre el frente sur de Andalucía oriental y el frente central de Madrid, hacia Cataluña. En Madrid, Valencia, Barcelona y cerca de la frontera francesa, en Figueras, la base Albacete mantuvo delegaciones. El frente norte entre Asturias y el País Vasco quedó aislado del resto del territorio de las fuerzas republicanas. Aquí no había Brigadas Internacionales y, por tanto, no había S.S.I.

El Centro Sanitario Internacional del S.S.I. de Murcia fue el mayor de su clase. Constaba de tres hospitales y un dormitorio. Fuera de la ciudad, en la provincia, el centro poseía también un hospital en Fortuna y, cerca de la frontera con Alicante, una casa de reconvalencia en Orihuela. El 21 de diciembre de 1936, el primer gran transporte de interbrigadistas heridos había llegado a Murcia desde Madrid. Una escuela secundaria había sido convertida apresuradamente en un hospital improvisado. Cuando las camillas con los primeros heridos habían sido subidas por las escaleras por los camilleros, los obreros habían seguido martilleando las paredes en el segundo piso. El hospital se había completado en enero. Se había denominado "Pasionaria" en honor a la funcionaria comunista Dolores Ibárruri. El espacio no había sido suficiente. En febrero se había arreglado otro hospital a pocos metros del edificio administrativo, en un edificio rosado del monasterio. El edificio del monasterio había sido expropiado por la República hace dos años y puesto a disposición de la universidad. Por eso este hospital se llamó "Universidad". El Dr. Catalette explicó que recientemente se había abierto otro hospital para casos de cirugía menor cerca de la catedral. Se buscaban desesperadamente enfermeras cualificadas.

Un soldado acompañó a Betty a su lugar de trabajo. Caminaba a su lado como un guardaespaldas. El camino corto conducía a través de la ciudad vieja. Giraron en una concurrida calle comercial en una plaza con una iglesia. Su nombre era calle Trajería. La calle peatonal era tan estrecha que la sombra de las altas casas la cubría casi por completo. De los cafés salían voces fuertes y música de gramófono. El pico de la torre

de una catedral de color arena se asomaba al final de la calle. El soldado condujo a Betty a un cruce frente a un edificio majestuoso que hacía esquina. Sobre la planta baja del redondel de la esquina estaba escrito "BANCO ESPAÑOL DE CRÉDITOS". Betty levantó la vista. El pequeño balcón curvo sobre el redondel de la esquina tenía una barandilla de hierro fundido. Desde abajo se podía ver el dibujo de sus baldosas: blanco-azul-naranja. Posteriormente, Betty encontraría su motivo en la pared o el suelo de muchos pasillos de la ciudad. La casa de la esquina recibió el nombre del color de su fachada: "Casa Roja". El color no tenía nada que ver con la política. El antiguo propietario había elegido la elegancia italiana para diferenciarse de la competencia de color beige y crema. Para abreviar la historia: El hospital "Casa Roja" había sido sede del lujoso hotel "Patrón" antes del golpe militar. La entrada principal era paralela a la calle Trapería por la parte de atrás, en la calle González Adalid 4.

Una joven española vestida de enfermera recibió a Betty en la recepción. Las columnas de mármol y las alfombras en el suelo indicaban que la sociedad más refinada se había alojado aquí antes. En el fondo, alguien comenzó a balbucear en voz alta. Un paciente con un pijama de rayas se agarraba a la barandilla de la escalera inferior. Dios mío, pensó Betty, el paciente estaba completamente borracho. En Wiesbaden lo habrían expulsado. Pero Murcia estaba en guerra. Otra mujer española se presentó a Betty con el nombre de Adelina Cánepa. Era la administradora del hospital. Adelina condujo a Betty por los pasillos. Los oficiales con gorras de escudo verde oliva se quedaron charlando. Todo el mundo fumaba, incluidos los pacientes. La mayoría de las habitaciones eran estrechas y sólo tenían espacio suficiente para tres o cuatro camas. Pero había agua corriente por todas partes. Al principio, el personal de la XII Brigada Internacional se instaló temporalmente aquí. En este momento, 254 camas del hospital estaban ocupadas por pacientes. Betty pudo ver el quirófano. Más tarde le presentaron a sus colegas internacionales. Se podrían contar con una mano: Fanny Bré, una enfermera judía de Besarabia que se había instalado en París; Sonia Zajdman, bacterióloga de formación, también residente en Francia y con raíces judías, originaria de Varsovia; Rosa Cremoni, una joven italiana que vivía en Luxemburgo. Por último, Jeanne Hoffmann. Era unos años mayor y, como Rosa, de Luxemburgo. Ambas hablaban, además del francés, el dialecto alemán de los luxemburgueses.

En la habitación que le habían asignado, Betty metió sus gafas en un cajón de la mesita de noche. Había decidido arreglárselas sin gafas en España. A la mañana siguiente se ató una bata de enfermera de lino blanco. El primer turno comenzó. Conoció a dos médicos: Dr. Hans Kaiser de Viena, un gigante con rizos oscuros, y la Dra. Sonja Ellinger, una pequeña mujer polaca de pelo corto y cara de niño. Ambos eran judíos.

Sonja (su verdadero nombre era Zofia) hablaba un alemán fluido, como la mayoría de los europeos del este en el S.S.I. Ella misma había llegado recientemente a Murcia y no causó una buena impresión. En realidad había querido visitar a la Dra. Heck en la Universidad con Rachel Sapir, explicó Sonja - quién demonios eran Rachel Sapir y la Dra. Heck, se preguntó Betty -, las cosas se estarían desmadrando en el "Casa Roja". Las enfermeras auxiliares españolas no tendrían una formación adecuada. Y Rosa y Jeanne no seguirían las instrucciones de Sonja. Estarían confabuladas con Adelina, comenzó a susurrar Sonja. La camarilla de Adelina, según Sonja, estaba sembrando el mal humor en el hospital y enfrentando a los grupos de nacionalidad. Los pacientes, a su vez, desconfiaban del militar a cargo del hospital, el capitán Roger Sohet. Pensaron que era un cobarde que evitaba el frente. Su guardia no controlaba la situación. Algunos pacientes salían del hospital y se bebían la paga en una taberna. Los peores eran los franceses y los alemanes. Cuando volvían a altas horas de la noche, hacían sonar la "Internacional" a todo volumen en el piso de abajo y despertaban a todo el mundo. Una vez un borracho incluso disparó una pistola al aire. El comisario político alemán, que aún era joven, no pudo imponerse. Los pacientes se enrollaban con las enfermeras. Era el momento de mantener a la gente ocupada de una vez. No podía seguir así. El Dr. René Catalette, director médico del centro, y Eugénie Bonneval, su asistente administrativa, según Sonja, fueron un fracaso absoluto. Betty se sintió ligeramente incómoda con la conversación. Acababa de llegar.

Betty se apresuró a entrar en el puesto de las enfermeras con una bandeja. Casi chocó con una mujer española de la misma edad que estaba barriendo el suelo. "¡Despacito!". Durante una pausa para el café, las dos se conocieron con tranquilidad. En España apretarse las manos no era común entre mujeres. Se besaba en la mejilla, como en Francia. Eso podría arreglarse. Por otro lado, todavía se requería paciencia para aguantar ser tirada constantemente del brazo durante la conversación. La compañera se llamaba María López Rodríguez. Había huido de su pueblo cerca de Lugo, en Galicia, para escapar de los golpistas y acabado en Murcia. "¿Y tú?" fue la pregunta introductoria a Betty. "Allemagne", tartamudeó Betty como una niña. La compañera se quedó mirando a Betty con incredulidad. Betty combinó. Como judía, probablemente no correspondía exteriormente al estereotipo de una alemana. Probablemente hubiera pasado por italiana. Betty se ahorró una tediosa explicación, para la que de todos modos no habría habido suficiente vocabulario. "¿Por qué España?", continuó la ronda de preguntas, que Betty sólo pudo seguir en espíritu. "¡Antifascista!", respondió Betty, satisfecha por su primera respuesta exitosa. Otra compañera española se unió a ellas y comenzó a palpar las manos de Betty. Betty se dio cuenta de que estaba buscando un anillo de bodas. Betty sonrió y respondió negativamente con su dedo índice. "Primero

ganar la guerra en España", explicó en un francés tosco, "luego liberar Alemania, y después ya veremos". Las españolas se miraron entre sí. No tenía sentido. Betty tuvo que aprender castellano.

El verdadero tema de conversación en Murcia fue Guadalajara, una ciudad al noreste de Madrid. El nombre ya había surgido cuando Betty había estado en Albacete. Franco seguía haciendo todo lo posible para invadir Madrid. Tras el fracaso de la ofensiva en el río Jarama, sus tropas habían atacado por encima y por debajo de Guadalajara el 8 de marzo de 1937 para romper el frente republicano en este punto. Al mismo tiempo, se pretendía cortar la carretera de conexión con Valencia. Las líneas se mantuvieron, dijo a la prensa extranjera el oponente de Franco, el general republicano José Miaja Menant. Pero la división "Soria" de Franco recibió un apoyo masivo de Italia. Mussolini le envió cuatro divisiones de tropas con tanques grises Ansaldo CV-3 Fiat. A diferencia de Hitler, Mussolini no ocultó su participación en España. Tres de las divisiones italianas estaban formadas por unidades de élite de los Camisas Negras fascistas. Tomaron fácilmente las pequeñas ciudades de Jaradque y Brihuega. Bajo una lluvia torrencial, los auxiliares italianos avanzaron hasta que les llegó el barro hasta las rodillas. La 12ª División republicana opuso una feroz resistencia. Fueron reforzados por el batallón italiano "Garibaldi" de la XII Brigada Internacional. La batalla no sólo tuvo una importancia estratégica, sino también simbólica. Por un lado luchaban los Camisas Negras de Mussolini y sus soldados profesionales de uniforme gris, por otro los voluntarios civiles antifascistas de Italia que habían huido de Mussolini. El conflicto también se desató en el campo de la propaganda. Los garibaldinos posicionaron un camión frente a la maleza de un castillo-torre que había sido disparado hasta quedar en ruinas. A través de un gran altavoz colocado en el camión, pidieron a gritos y en su lengua materna a los compatriotas contrarios que desertaran. Entonces comenzó el contraataque republicano. El 14 de marzo, la XII Brigada Internacional, bajo el mando del general húngaro "Lukács", recapturó los bosques de robles de Brihuega de manos de los Camisas Negras. El general fascista Mario Roatta, llamado "Mancini", estaba furioso. Sin embargo, esto no hizo más que empezar. El 18 de marzo, tanques y aviones republicanos bombardearon las posiciones enemigas. Se desplegaron nuevos tipos de tanques rusos T-26. "¡Viva Rusia!", gritó la población republicana. Inglaterra y Francia se negaron a vender armas a la República. Por lo demás, sólo llegaron fusiles de México, bien intencionados pero de poca utilidad. Betty y sus camaradas siguieron los movimientos del frente en Guadalajara. Las españolas escuchaban la radio. Y las internacionales leían las "Noticias de España" o las "Noticias diarias de las Brigadas Internacionales", que aparecían en varios idiomas. En la cabeza de las "Noticias diarias" había una bayoneta astillando una esvástica.

El lunes 22 de marzo, la víspera del 30º cumpleaños de Betty, una camarada irrumpió en la sala de enfermeras, radiante de alegría. Gritando, anunció la noticia de la victoria: se habían capturado cañones y ametralladoras y se habían hecho prisioneros varios cientos de fascistas italianos. Los vítores fueron ensordecedores. De todas partes, los pacientes con pijamas salían de sus habitaciones a los pasillos. Una muleta de madera solitaria sobresalía de la conmoción, y su propietario, que cojeaba, la agitaba triunfalmente hacia el techo. Los pacientes abrazaron a sus enfermeras. Una española, llorando de alegría, tuvo que sentarse un momento en el suelo.

Mientras tanto, en Madrid, el escritor estadounidense Ernest Hemingway, que como corresponsal del "New York Times" y visitante de las Brigadas Internacionales había seguido con prismáticos los combates en las colinas rojas, envió un telegrama a Estados Unidos en el que decía que el fascismo internacional había sufrido su primera derrota ante Guadalajara.

Unos días después escribió Betty a Ilse y Lotte que el día de su cumpleaños sus camaradas le habían tirado de la oreja para desearle un feliz cumpleaños, una costumbre española curiosa. El mejor regalo de cumpleaños habría ocurrido la noche anterior en otro lugar. Esto fue probablemente lo más importante del mensaje de Betty, que no se ha conservado y probablemente quemado en las llamas de la estufa de Stuttgart inmediatamente después de haberlos leído por razones de seguridad. Ilse y Lotte fueron a casa de Sepp para informarse sobre la situación en España la cual estaba bajo secreto militar para Betty. Antes de que sus cartas salieran de España, los censores postales de las Brigadas Internacionales revisaron su contenido palabra por palabra. Los detalles específicos que podían utilizarse para sacar conclusiones militares o geográficas eran tabú. Por lo tanto, la familia de Betty ni siquiera sabía en qué lugar de España ella se encontraba exactamente. Ni siquiera se permitía el envío de postales turísticas con vistas de ciudades españolas. La Oficina de Correos de las Brigadas Internacionales distribuyó en la primavera de 1937 un folleto con directrices especiales para los voluntarios. La conexión postal era complicada. Sería demasiado peligroso escribir a Alemania. La vía directa estaba prohibida en el caso de los estados fascistas. Así que Betty dirigió su correo de campaña primero al sur de Francia a través de un desvío. Su amiga Minchen, que había emigrado en 1936, vivía ahora allí. Betty había dado a su amiga como persona de contacto en Albacete. Su dirección era: *Minchen Münz, 9 rue de Gracer, Auch, Département Gers, Francia.*

La fiel Minchen reenvió el contenido del correo de Betty desde Francia a Stuttgart. Por el contrario, las cartas de Ilse y Lotte llegaron a Murcia a través de Francia, es decir,

vía Minchen. Era más fácil cuando Betty quería escribir a su primo en Jerusalén o a sus amigos en Haifa. El correo censurado podía ir directamente a Palestina. Para un sobre de hasta 20 gramos, Betty necesitaba un sello de 1,25 pesetas. Para el correo urgente por avión, había un recargo de una peseta. El remitente de Betty tenía este aspecto según el sistema de correos del campo: Nombre personal, luego - para camuflar - el Socorro Rojo Internacional, luego el nombre de la calle de la oficina de correos, que era el mismo en todas las ciudades españolas. A esto le siguió la ocultación de la ubicación en forma de cifrado. En el caso de Betty, el nombre de su hospital también estaba oculto al final del cifrado. Al final, Barcelona era el principal distribuidor del correo. Así que Minchen se mantuvo en la dirección siguiente:

Betty Rosenfeld

Socorro Rojo Internacional

Plaza del Altozano, 12 S caro

Barcelona

España

[...]

En abril de 1937, se abrió una cantina en el "Casa Roja". Hubo muchas quejas por la sopa de arroz. La población no estaba mejor. La guerra llevó al racionamiento de alimentos. En Murcia, por ejemplo, el alcalde pidió 200 gramos de pan por habitante y día, y algunos días sólo 150. Incluso los envases llegaron a escasear. En algunas salas de enfermos del "Casa Roja", los camaradas tenían que compartir una taza para beber entre cuatro o cinco, señaló el comisario político herido Willi Kreikenmeyer en su cama. Más o menos al mismo tiempo que la cantina, se había instalado una sala de lectura en la planta superior. Aquí, la prensa de las brigadas y el boletín del centro sanitario de Murcia estaban disponibles. También se había instalado una mesa de ping-pong para pasar el rato. El sonido de las pelotas que rebotaban no molestó a Betty. En su tiempo libre, le gustaba sentarse en el rellano y leer largamente el periódico. Bilbao había caído, decía la edición alemana del "*Volontaire de la Liberté*" de junio. El frente vasco se estaba desmoronando. Una pena, todo el hospital había estado animando con los defensores del "Cinturón de Hierro" alrededor de las montañas vascas. La conexión ferroviaria entre Madrid y Valencia se interrumpió debido a los ataques aéreos, según supo Betty. En cambio, las tropas republicanas habían tomado el estratégicamente importante Cerro del Madroño, bajo el río Tajo.

Con cada informe, alguien perdió la vida. El 1 de junio de 1937, la prensa republicana informó de que el "Ciudad de Barcelona" había sido torpedeado por un submarino

italiano a pocos kilómetros de la costa, cerca de la localidad de Malgrat, el 30 de mayo, cuando viajaba de Marsella a Valencia. En tres minutos, el barco de pasajeros se había hundido. Llevaba voluntarios de las Brigadas Internacionales. Muchos murieron en la explosión o se ahogaron en el mar. Betty recordó su propio cruce con Julius Goldstein. Sólo ahora se dio cuenta de lo que podría haberles ocurrido. El 11 de junio, el médico de plantilla de la XIII Brigada, el Dr. Werner Heilbrunn, también murió en un ataque aéreo en el frente de Aragón, a las afueras de Huesca. En Murcia, los pacientes que pertenecían a esta brigada podían recordarlo bien. Las filas se están reduciendo, pensó Betty, incluso en el servicio médico. Dos semanas después, recibe la noticia de la muerte del Dr. Günter Bodek, el mejor amigo de Siegfried Münz. Günter también se había unido al S.S.I. En Benicàssim había sido director de un centro de convalecencia de las Brigadas Internacionales. Había descuidado su propia salud hasta que se cayó de la bicicleta, muerto. Betty había estado en contacto con él y su esposa en España por correo militar. Pensó en la viuda que ahora trabajaba para el S.S.I. en Barcelona, en sus dos hijos que fueron enviados a un hogar.

Tras la puesta de sol, Betty se sentaba a menudo con sus colegas en la azotea del Casa Roja. Las macetas con palmeras y flores estaban repartidas por las baldosas. Se habían colocado tumbonas para los pacientes con huesos rotos y miembros amputados. Podían utilizar el ascensor del antiguo hotel, que llevaba cómodamente a la quinta planta. Una vez, se organizó para ellos una fiesta con guirnaldas y farolillos en el tejado. Incluso se trajo un piano móvil. Recién lavados y peinados, llegaron los pacientes. Las enfermeras les entregaron vasos de zumo de naranja fresco. No había alcohol. De todos modos, los camaradas bebían demasiado. Los voluntarios heridos cantaron una "Canción de las Brigadas Internacionales" en alemán. Su patria estaría fuera de Madrid, cantaban. La letra la había escrito Erich Weinert. Betty sabía su nombre. El escritor había recitado poesía en la Escuela Obrera Marxista de Stuttgart (MASCH). Apareció una reportera italiana de nariz ancha y gafas redondas. Se llamaba a sí misma Estella. Vino de la prensa de la brigada e hizo un montón de preguntas. Los pacientes se sentaron tranquilamente en bancos de madera bajo el cielo estrellado. Desde la cima, tenían una buena vista sobre el casco antiguo y la catedral, disfrutando de una agradable brisa.

Esta azotea no sólo era un oasis de paz. También se celebraron aquí reuniones periódicas. Como solía ocurrir en las reuniones de la MASCH Stuttgart, lo llamaron "meeting". En español, se omitió la última letra: "mitin". También vinieron representantes del Comité Provincial del P.C.E. de la calle Salcillo. Con gran entusiasmo, se iluminaron los puntos de vista del Frente Popular. En las pancartas de

madera de todo el recinto se exhibían mensajes. La guerra militar sería inseparable de la lucha política, aprendió el personal del S.S.I. de sus comisarios políticos bien afeitados. Betty rara vez faltaba a las reuniones. A veces tomaba notas. Un comisario político la estaba observando. Una camarada diligente, pensó él, y más tarde transmitió sus impresiones por escrito a un superior. Subestimó a Betty. Ella pertenecía a la minoría de aquella azotea que había leído a Karl Marx en el original.

III. Murcia, «Radio»

El jueves 15 de julio de 1937 fue el último día de trabajo de Betty en el hospital «Casa Roja». En ese momento, los combates se libraban al noreste de Madrid, cerca de Brunete. El ejército republicano pasó a la ofensiva. Esto estaba destinado a aliviar el frente norte. Tras la amarga pérdida del País Vasco, querían salvar al menos la región de Asturias. Pero la prometedor empresa se tambaleó. Las Brigadas Internacionales sufrieron grandes pérdidas durante su misión. La superioridad aérea del enemigo era abrumadora. Contra los bombarderos Heinkel de Hitler, los aviones de combate rusos no podían hacer mucho a largo plazo. Algunos días, 150 heridos llegaron a la estación de Murcia en un solo transporte sanitario. Fueron trasladados a los hospitales en ambulancias oscuras Chevrolet y Peugeot. Estos estaban a una buena distancia de la estación. Las ambulancias tenían que cruzar primero un puente sobre el río Segura, que separaba el extremo sur de la ciudad (donde se encontraba la estación de ferrocarril) del resto de la ciudad. En una ocasión, un herido que había sido trasladado se quejó de los ásperos baches del último tramo entre el hotel "Victoria" y el Paseo Malecón. La administración municipal hizo reparar los daños inmediatamente.

El Paseo Malecón era un largo paseo peatonal en el extremo occidental del centro de la ciudad. Comenzó en el punto en el que el Segura se alejó de la ciudad. Justo al lado de la entrada del Malecón, en el lado derecho, estaba el nuevo lugar de trabajo de Betty. El hospital se llamaba "Radio". De los cuatro hospitales del centro médico internacional, era el más pequeño. Antes de la guerra, el Dr. Antonio Hernández-Ros Codorniu, antiguo director del Sanatorio Quirúrgico San Carlos, había vivido en este edificio como propietario. Había tenido una consulta privada en su piso, que había sido equipada con un moderno aparato radiológico con rayos X. De ahí el nombre de "Radio". Pero el ortopédico, profesionalmente estimado, había huido tras el fallido golpe de Estado. Su casa había sido confiscada y puesta a disposición del S.S.I. en invierno como lugar dormitorio para el personal. En lugar de un número de casa,

llevaba la letra A. El "Radio" constaba de tres plantas con ventanas blancas enrejadas. Su lado largo bordeaba el Malecón. Justo detrás había un gran jardín botánico con palmeras, flores y plantas exóticas. Se podía entrar desde el Malecón así como desde la entrada trasera del "Radio". En la estrecha fachada, que daba al centro de la ciudad, el "Radio" se extendía por la esquina como una "L". La parte inferior conectada al edificio vecino con la dirección Malecón B. Había pertenecido a una orden franciscana antes de la guerra.

A principios de mayo, el Dr. Hans Kaiser había recibido el encargo de la base de Albacete de convertir el dormitorio del personal del "Radio" en una clínica de medicina interna y enfermedades infecciosas. El tifus se había extendido en el frente. La epidemia estaba haciendo mella en las tropas. En junio, el Dr. Max Langer, el nuevo director austriaco del centro sanitario, había nombrado a un médico jefe como director del nuevo hospital. Se hacía llamar Dr. Michel Delarbre. Su verdadero nombre era Max Eilbaum. Venía de Cracovia, en Polonia. Era cuatro años mayor que Betty, con humor y judío.

Betty también conoció a la pequeña enfermera jefa del "Radio". Se llamaba Eva Korčák. Eva había ingresado en el S.S.I. en abril y trabajaba sin diploma. En realidad, era profesora. Tal vez por eso fue capaz de imponerse tan bien. Sin embargo, anteriormente había adquirido experiencia en un hospital judío y en una colonia infantil. Había crecido en Besarabia. Últimamente, Eva había vivido en Viena. Además del yiddish, también hablaba alemán estándar. Eva llevó a Betty a la sala de tifus. La sala estaba dirigida por una mujer delgada del norte de Alemania. Se llamaba Helma Berliner. Tampoco era una enfermera titulada. Pero Helma había aprendido rápidamente las cuerdas. El jefe la tenía en gran estima. Helma llevaba en Murcia desde las Navidades. Había seguido a su marido Siegfried a las Brigadas Internacionales. Él era judío, ella no. En noviembre, Siegfried había participado en los combates en Madrid con el batallón "Thaelmann", casa por casa. Tras recibir un disparo en el pie, había sido ingresado en el "Pasionaria". A continuación, se le había asignado un puesto de oficina en Murcia. Betty lo conocía de la oficina de pagos del edificio administrativo del Sanatorio San Carlos. Recogió su paga en su escritorio. Como un soldado ordinario, recibía 310 pesetas en efectivo cada mes. Betty se las arregló con eso. Una libra de pan costaba 30 céntimos en Murcia, un kilo de sardinas 4 pesetas. En la cantina, la comida era gratis de todos modos.

Aparte de Betty, sólo había una enfermera cualificada en el "Radio": Sheva Steinberg. Tenía poco más de veinte años, era de la talla de Betty y muy astuta. Al igual que la

enfermera jefa Eva, Sheva procedía de Besarabia. A falta de delantales blancos en Murcia, al principio había llevado el mono azul. Un mono era en realidad un animal. Pero eso es también lo que decían en español sobre los trajes azules de los obreros de corte ancho con cremallera. Al igual que Betty, Sheva había experimentado un despertar político temprano. Primero en una asociación sionista de izquierdas, luego con los comunistas. La amplia sonrisa de Sheva era irresistible para algunos hombres. El médico Dr. Jakob Biezyński ya le había echado el ojo en el "Radio". Su pretendiente era polaco, pero al igual que el jefe, venía de París. Sheva y Jakob no tardaron en darse cuenta, mientras trabajaban, de que a Betty le temblaban las manos. Su temblor era tan marcado que los dos lo recordarían bien décadas después. "¿Qué pasa?", Jakob giró la cabeza hacia un lado. "Nada", respondió Betty, "hipertiroidismo".

Sheva presentó a Betty a otra colega menuda de ojos brillantes: Borka Demić. Junto con Sheva, Borka había sido una de las pioneras del S.S.I. en el invierno de 1936. Hablaba alemán con acento austríaco. Su certificado de nacimiento seguía diciendo Luisa Pichler, un nombre típico del Tirol. Sus padres habían emigrado a Bosnia-Herzegovina bajo el último emperador de los Habsburgo. Con su marido yugoslavo Miron, Borka se había presentado como voluntaria en París en noviembre. Volvería como viuda. Miron había muerto en la defensa de Madrid. Betty trató de imaginar cómo había sollozado Borka. El hermano de Borka, Hans, seguía vivo. También luchó en las Brigadas Internacionales.

Así que desde entonces Betty trabajó con Helma, Borka, la pequeña Sheva y Jakob, el médico, en la sala de tifus, la única sala de aislamiento del centro sanitario internacional de Murcia. La fiebre manchada la transmiten los piojos, las pulgas y las garrapatas, sabía Betty. Durante la guerra, no sólo hubo falta de alimentos, sino también de higiene. No sólo en la parte delantera. A pesar de la advertencia del alcalde sobre la rabia, los perros de Murcia seguían corriendo sin correa. La fiebre tifoidea causada por la salmonela no era algo con lo que se pudiera jugar. En la guerra civil rusa, más personas murieron por el tifus que por las balas. Incluso los empleados del S.S.I. no eran inmunes a la infección. Un paciente destacado de la sala de tifus del "Radio" fue el Dr. "Konstantin Minkoff", médico de plantilla búlgaro de la 86ª Brigada. Lo había cogido en el frente del Jarama. Su pierna también estaba plagada de una herida que supuraba mucho. El hombre estaba en su mejor momento. Pero su cara ya estaba amarilla y arrugada por el tifus. Además, el pobre hombre era un larguirucho y, estirado, apenas cabía en una cama, según notó Betty. El Dr. "Minkoff" - nadie sabía su verdadero nombre - se quedó en Murcia tras su recuperación. En otoño, se convirtió en director del centro sanitario, sucediendo al Dr. Langer.

En Murcia hacía un calor insoportable. Betty estaba acostumbrada al calor de Palestina. Ciertamente, Erez Israel estaba seco. Aquí en Murcia, sin embargo, el aire era húmedo, como en un invernadero. Por la tarde apenas refrescaba. Betty abrió la ventana. El ruido de abajo se adentró en su habitación. Al final del Malecón estaba el "Murcia Park". El 1 de julio, la temporada al aire libre había comenzado aquí. Las películas de cine se proyectaban en una gran pantalla hasta la medianoche. Se representaba la comedia "Así ama la mujer", una producción de Goldwyn Meyer con Joan Crawford en el papel principal. Su voz de doblaje no podía ser ignorada. El público femenino agitó abanicos de aire abajo. Betty se acostumbró a acostarse tarde. En Murcia, el reloj sonó según el sol. Nadie salía de la casa innecesariamente antes del anochecer. Por la noche, Betty salía a veces a pasear con sus colegas. El "Radio" era un punto de partida ideal por su ubicación a la entrada del paseo del Malecón.

El Malecón era un paseo popular fuera de la ciudad. A ambos lados, el ancho camino estaba bordeado por un muro de arenisca que llegaba hasta las rodillas. Detrás, crecían palmeras y cipreses, ordenados más bien al azar que sistemáticamente. En contraste con la ruidosa calle Trapería, el paseo era un tramo tranquilo con una vista despejada. Pasaba el "Radio", el único edificio a la derecha, y se adentraba en el interior, donde la gente cultivaba tomates y lechugas. El último tramo del Malecón se llamaba "Sartén". Detrás de ella, en pleno campo, se levantaba un único edificio palaciego y de color marrón claro. Era el hospital militar de las unidades españolas. Se llamaba simplemente hospital de sangre. Más tarde, cuando sirvió a las tropas de toda la región, se elevó a hospital base. Pero la gente sólo lo llamaba "hospital Malecón". Antes de la guerra, los maristas habían dirigido una escuela en sus salones. Otra orden católica de la que Betty nunca había oído hablar. Después de que el edificio de la escuela fuera requisado, se instalaron en él camas para los soldados heridos. Al principio, antes de que se construyera el Centro Sanitario Internacional, los primeros interbrigadistas heridos también recibían atención médica allí. El médico jefe, el Dr. Pascual Martínez Inchaurreandieta, y Matías, el jefe de la Intendencia, colaboraron con la dirección del S.S.I. Sólo los hospitales regulares estaban abiertos a la población civil de Murcia. Un poco más allá, había un gran Hospital Provincial. A la entrada del Malecón, justo enfrente del "Radio", había también una Casa de Socorro, un puesto de primeros auxilios.

La dirección opuesta, que llevaba al centro de la ciudad, también era ideal para pasear. A los pocos metros, se pasaba por la sala del mercado "Verónicas". Frente a la sala, los vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías en puestos. Más al interior, uno podía ambular por el paseo del río Segura. Las ornamentadas farolas llevaban casas de cristal

con coronas ornamentales. Murcia podía rivalizar con la elegancia de Wiesbaden. Frente a un pequeño muro, Betty y sus camaradas disfrutaban de la vista del río. A la altura del "Radio" vieron una presa. En su orilla delantera, una casa de piedra natural bordeaba un molino de agua donde se molía la pimienta. Desde el muro mirador del paseo, una empinada escalera descendía por el terraplén fortificado con arenisca beige. Abajo, un estrecho camino de arena seguía el curso del río. El agua era de color turquesa a verde oliva, dependiendo de la luz del día. Los patos retozaban detrás de los juncos. Al otro lado del río se encontraban las viviendas de los trabajadores y la estación de ferrocarril ya mencionada. Betty, Sheva, Borka y Helma se pusieron en fila frente al pequeño muro. Los caminantes locales que venían de la Avenida de la República y se dirigían al Malecón saludaron cortésmente a las enfermeras extranjeras con el puño en alto.

A finales de julio, los periódicos españoles informaron de la trágica muerte de una fotoperiodista extranjera que quedó accidentalmente atrapada bajo las cadenas de un tanque de sus propias filas en el frente de Brunete. Había acompañado la defensa de la república con su cámara. En la prensa se la presentó con el seudónimo de Gerda Taro. El hecho de que la joven viniera de Stuttgart y que su verdadero apellido fuera Pohorylle no se mencionó. La amiga de Betty, Rebekka, que conocía bien los círculos judíos del Este en Stuttgart, probablemente hubiera podido proporcionar información sobre los padres de Gerda Taro. Habían llevado una tienda de huevos en Stuttgart-Oeste, no muy lejos de la casa de los padres de Betty en la calle Silberburgstraße. Pero la noticia no llegó a Haifa.

En agosto, también se produjo una trágica muerte en Murcia. El capitán Conrado Astigarraga Menéndez, de la 8ª División, falleció en el "Casa Roja" por un fallo cardíaco postoperatorio. La noticia también se filtró en el "Radio". El paciente había ingresado el 2 de mayo de 1937, antes del traslado de Betty, con un diagnóstico de apendicitis crónica. Betty recordó el caso. La Dra. Sonja Ellinger había dudado del diagnóstico del Dr. Juan Goldstray. En cambio, Sonja había adivinado una peritonitis. El Dr. Kuba, un colega, había compartido su evaluación. Pero el jefe no tomó en serio a Sonja. Al fin y al cabo, los dos siempre habían tenido diferencias. La salud del paciente parecía mejorar. Sin embargo, Juan insistió en operar el intestino del oficial el 11 de agosto. Ya veremos, había dicho literalmente el jefe. Ginesa García Ballester, una enfermera española que acababa de recibir formación, debía administrar la anestesia con éter. Sonia Zaydman, la enfermera de quirófano polaca, protestó en vano. Exigió que se consultara a un médico durante la anestesia. La anestesia la pone la Ginesa y punto, había refunfuñado el jefe. Cuando el paciente sólo respiraba débilmente, Sonia pidió

bajar de 4 a 3. Pero Goldstray no hizo caso. Supuestamente, sólo faltaba la sutura de la piel. Los resultados confirmaron la sospecha del Dr. Ellinger: peritonitis. Demasiado tarde, el paciente yacía muerto en la mesa de operaciones. Sonia se puso a llorar en el quirófano, a lo que el jefe le gritó que su comportamiento era poco profesional. Angustiada, la enfermera de quirófano alertó a su colega homónima, que mientras tanto trabajaba en el departamento de rayos X del hospital "Universidad". Sonja, la doctora, presentó inmediatamente una denuncia contra su colega. Sonia, la enfermera del quirófano, se quedó como testigo. De hecho, el director del S.S.I. de Albacete abrió una investigación. El camarada Juan se defendió de las acusaciones. Había tomado la precaución de dosificar sólo 60 gramos de éter en lugar de los 150 habituales y se estaba lavando las manos. Muy sospechoso, susurraron las enfermeras. Algunos pensaron que el Dr. Goldstray era un trotskista disfrazado de la "5ª Columna". Un paciente francés enfadado trató de llamar la atención sobre el caso con una nota de protesta colgada en la pared. Cuatro semanas después, el Dr. Goldstray fue trasladado a la 45ª División como médico de plantilla. Al final, se casó con Ginesa.

Los pacientes también murieron en el "Radio". El 23 de agosto de 1937 fue ingresado el voluntario John Riddell. Dos días después, a las dos de la tarde, alguien ya tuvo que emitir su certificado de defunción. El voluntario muerto era de Glasgow. Se había incorporado a la XV Brigada Internacional en España. Tras ser herido durante la batalla de Brunete a finales de julio, fue trasladado del hospital de campaña al "Universidad" de Murcia el 6 de agosto. Debido a una infección aguda, fue trasladado rápidamente al "Radio". Pero los médicos no pudieron salvar su vida.

Los muertos de las Brigadas Internacionales tuvieron su propio rincón en el cementerio de Espinardo, en Murcia. El lugar de último reposo estaba un poco fuera de la ciudad, al norte. La entrada principal conducía a través de un portal ornamentado. La piedra era arenisca, como en el Malecón, como en todas partes en Murcia. A los funerales asistieron representantes de las enfermeras y el comisario político del respectivo hospital. En algún momento también le tocó a Betty llevar la corona de flores. El cuerpo fue enterrado con una mezcla de honores proletarios y militares. Sobre el féretro se desplegó una bandera roja-amarilla-morada de la República Española. La tela ondeaba ligeramente al viento, como si el difunto aún tuviera algo que decir. Se colocó el casco estilo Adrián, de color verde oliva, del difunto en el centro del féretro, como para darle peso. Por lo general, un puñado de pacientes acompañaba al camarada difunto en su último viaje. Ante la tumba, André Cravelle, comisario político del "Radio", juró venganza en un discurso grueso. Gritó que no se cejaría en la lucha, unidos en el espíritu del muerto, hasta liberar al mundo entero del

mal del fascismo. Gritó en francés, pero con la "R" vibrante. En realidad, el comisario político se llamaba Andrea Cravella y era italiano. Procedía de la emigración en Francia y pertenecía a la minoría socialdemócrata dentro del S.S.I. No era un hombre de grandes palabras, pero una persona fiable y honesta. Cuando se bajó el féretro, los vivos levantaron el puño en señal de despedida.

En septiembre, Betty recibió una noticia de muerte muy personal desde Stuttgart a través de su amiga Minchen: su querido padre había fallecido el 19 de agosto a la edad de 76 años. En su casa, un jueves, por la noche, hacia las 20:45, sus hermanas Lotte e Ilse informaron. Había sufrido una leucemia. El Dr. Simmel acudió a la casa y certificó su muerte. La madre había dispuesto que se publicara una esquila en el "Jüdische Rundschau". El diario "Tagblatt" de Stuttgart, que había sido puesto en línea por los nazis, ya no se interesaba por los anunciantes judíos. El mismo día de la muerte del padre, el diario murciano "El Liberal" informó de que en algunas ciudades alemanas ya no se les permitía a los judíos ni siquiera sentarse en los banquillos de los parques. El comerciante Benjamin Rosenfeld había sido enterrado en la parte israelita del cementerio (que llevaba el nombre del distrito Stuttgart-Praga). Allí yacía ahora bajo tierra, rodeado de abedules, de cuya sombra sólo se beneficiaban los visitantes. A pocos metros yacía su sobrino Karl Rosenfeld. El Eterno ya había llamado al sobrino en agosto pasado, cuando Betty aún estaba en Palestina. Las esvásticas le afectaron tanto que sólo vivió 50 años. Alice, su viuda, estaba ahora sola en Stuttgart con el pequeño Heinz. La madre había elegido una piedra natural de color antracita, siguió leyendo Betty, con un diseño liso y una superficie rugosa. Redondeado en la parte superior, en un estilo similar al de Karl. Sólo que sin estrella de David, sólo el nombre de Benjamín en letras latinas. Un año después de su muerte, según una antigua costumbre, se grabaría debajo una breve fórmula hebrea, sabía Betty. Se imaginó el proceso del funeral. La *Chewra Kadischa*, una especie de hermandad funeraria de la comunidad judía, se llevaba el cuerpo envuelto en lino blanco y lo preparaba todo. El Dr. Rieger, rabino y antiguo profesor de religión de Ilse, pronunciaba el elogio fúnebre en el tanatorio con techo abovedado al final del recinto. Además de los parientes y conocidos judíos, seguramente Sepp y Emma habían presentado sus últimos respetos. Si no, habrían aparecido las dos Fräulein Stütz, dos respetables solteras del tercer piso. Los otros inquilinos cristianos se habrían cagado de miedo y se habrían quedado en casa con mala conciencia. Pronto la madre de Betty iría al notario para liquidar la herencia. Betty y sus hermanas también eran herederas. Por supuesto, a la madre de Betty no pudo revelar que su hija estaba en España en plena guerra. "Enfermera en Jerusalén-Talpioth", decía Theresia. Ese camuflaje se lo habían inculcado a los padres de Betty cuando se despidió de ellos en Stuttgart. Stuttgart - hace mucho una ciudad

de nivel. Ahora el megalómano alcalde nazi había arrebatado a Stuttgart el título de "Ciudad de los Alemanes en el Extranjero" en Berlín. Los "*Nature Friends of America*", senderistas con raíces alemanas, se distanciaron en Nueva York de su antigua patria que se había vuelto parda. En lugar de Stuttgart, enviaron un mensaje de saludo a España a los voluntarios alemanes de la XI Brigada Internacional. El texto fue publicado en la edición alemana del "*Volontaire de la Liberté*".

En España, la gente común, tanto las mujeres como los hombres, no llevaba zapatos de cordones hechos de cuero, sino alpargatas. Eran cómodas de llevar en verano. El material era de lino ligero, la suela de esparto trenzado, similar a la rafia o al cáñamo. Estaban disponibles en todos los colores, también con un cordón adicional en la pierna por encima del tobillo. Betty miró varios ejemplares en la tienda de la calle. Eso sería algo para el pequeño Peter Münz en Haifa, pensó. Su padre había quedado muy afectado por la muerte de su mejor amigo Günter Bodek, el director del centro de convalecencia en Benicàssim. Un poco de alegría no vendría mal para la calle Arlosoroff. Por lo tanto, Betty compró un par de niños. Para el noveno cumpleaños de Peter, ella envió un paquete declarado de muestra sin valor a Palestina por correo militar. Pero el paquete nunca llegó. Fue interceptado por el censor postal de Murcia. Aburrido, el censor postal checo John Rudolf remitió el hallazgo al Servicio de Investigación Militar. Detrás de este nombre se escondía la policía militar secreta de las Brigadas Internacionales. El S.I.M. estuvo presente en el centro médico de Murcia con dos empleados. Su tarea consistía en vigilar los elementos dudosos dentro de las propias filas. Cualquiera que despertara sospechas era seguido en secreto. Además de los delincuentes y los elementos desmoralizados, también había que eliminar a los espías y a los trotskistas. En Albacete, la "espionitis" estaba en el aire. Muchos voluntarios fueron detenidos e interrogados, algunos también encarcelados y, en casos extremos, expulsados de España como indeseables. El hombre del S.I.M., Karl Schwetz, estaba sentado en un escritorio del Sanatorio San Carlos. Su nombre en clave era "Roman Lenzki". El suizo miró el contenido del paquete abierto que tenía sobre su mesa. Luego miró la dirección del destinatario. A quién demonios se le ocurre enviar zapatos de niño desde Murcia a Palestina en plena guerra, negó con la cabeza. Conocía a Betty. Ella era inocente. Sin embargo, se presentó obedientemente al director, el Dr. Minkoff. Al final anotó a mano en un papelito:

"B.R. está muy desarrollada intelectualmente. Aunque estos envíos no sean más que extravagancias pequeño-burguesas, su tráfico postal debería al menos ser observado."

IV.

Los niños del Malecón

Una niña con el pelo moreno y una falda de lino arrugada salió a trompicones del jardín botánico por la entrada trasera del "Radio". Betty sentó a la joven visitante sobre su regazo. La chica saludó con la palma de la mano sobre la frente, como solían hacer los jóvenes pioneros comunistas de Stuttgart. Betty sonrió y devolvió el saludo. Entonces tuvo que fingir que estaba enfadada. En realidad, el niño no podía entrar en un hospital de enfermedades infecciosas sin escolta. El riesgo de infección era alto. Pero la chica vagaba sola por la vida. Era huérfana. El 18 de julio de 1937, tres días después del traslado de Betty al "Radio", se había abierto un hogar para niños refugiados directamente detrás del hospital en el Jardín Botánico. Había varias entradas. La entrada principal estaba en el paseo del Malecón, justo al lado del "Radio". Consistía en un portal con columnas. Sobre el arco neoclásico del portal había un cartel de color morado. Sobre este cartel estaba escrito en letras brillantes "Campo de niños General Luckasc". La inscripción correcta sería en realidad "Lukács". Como tantas veces, algo había fallado en la rotulación. Pero de todas formas cada uno en Murcia escribió el nombre como quiso. Y la mitad de la población española no sabía leer. El general - su verdadero nombre era Máté Zalka - había sido escritor húngaro y últimamente comandante de la 45ª División. En junio, fue matado por una granada en las afueras de Huesca. Bajo su alias, los niños pequeños correteaban ahora por el jardín detrás del "Radio". Tenían entre seis y catorce años. La mayoría de ellos venían de Madrid o Andalucía. En febrero, los fascistas habían avanzado hacia Málaga con un masivo apoyo italiano. Los últimos republicanos que se habían rendido el 8 de febrero de 1937 fueron masacrados en el acto. Dos días antes, Albert Einstein había hecho un llamamiento a la opinión pública mundial para que apoyara a la República Española. Libertad o fascismo, esta cuestión clave se había convertido en determinante. Algunos de los niños que habían perdido a sus padres encontraron un nuevo hogar en el Malecón. Se habían levantado grandes y alargadas cabañas de madera para ellos. Los densos techos de caña los protegían del sol. El entramado de madera de las paredes permitía el paso de suficiente aire. Se instaló una cocina de campaña. Los huérfanos se alinearon frente a ella con tazas y cuencos de hojalata. Se hizo todo por ellos, se organizaron los zapatos y la ropa, se instalaron veinte duchas y tres aseos en el jardín botánico. Rodeados de enormes palmeras datileras y pinos, los niños podían refrescarse en una piscina infantil. También tenían a su disposición columpios, un teatro de marionetas y un gran globo terráqueo sobre un marco de madera móvil. Entonces comenzó el lado serio de la vida. Una maestra española con el pelo rizado y

un delantal blanco les enseñaba a leer, escribir y calcular en medio del jardín. Se colocaron bancos en el césped. Cuando el sol era abrasador, las clases al aire libre tenían lugar bajo el techo de las cabañas. Los pequeños se sentaron y garabatearon o cantaron. Los alumnos mayores también recibían clases de geografía.

La Dra. Rosa Berger y la Dra. "Anka Poca" se ocupaban de la salud de los niños dos veces por semana. La última (en realidad se llamaba Adela Bohunicka) era una doctora croata del "Pasionaria". Las dos revisaron principalmente los ojos de los niños. Uno de cada cinco niños del Jardín Botánico sufría de tracoma, como los niños de Betty en el Hogar Infantil Jerusalén. En otoño de 1937, una enfermera americana del "Universidad" se hizo cargo de la dirección organizativa del "Campo Lukacs". Se llamaba Hermine Hartmann. Los niños la llamaban "Herminia", por lo que la letra inicial permanecía muda según el alfabeto español. Betty y sus colegas se ocupaban regularmente de las cosas detrás del "Radio". A veces les llevaban golosinas a los niños.

[...]

Los niños del Malecón habían vivido cosas terribles. Ángel Comitre López, un niño malagueño, recordó. Había ayudado a su tío en los campos. El 8 de febrero de 1937, el sol brillaba. Pero de repente les dijeron que se alejaran rápidamente. Los regulares, mercenarios marroquíes, habían entrado en la ciudad y comenzado a violar a las madres. En la carretera del campo, los que huían fueron ametrallados desde el aire. La gente había sido derribada como fichas de dominó. Cuanto más pequeño mejor, había aprendido el pequeño Ángel. Los supervivientes habían llegado a Almería. Allí les había esperado un barco de refugiados. En Murcia, los niños refugiados fueron distribuidos en varios hogares. El más grande era el refugio "Pablo Iglesias" en la calle de la Sequía 9. Estaba dirigido por el P.S.O.E. Una organización de ayuda de Gran Bretaña también estuvo presente, incluso los cuáqueros americanos enviaron ayudantes a Murcia.

El "Campo Lukacs" se convirtió en un hogar funcional. Además de la escuela, también contaba con una guardería para los más pequeños. El hogar estaba abierto no sólo a los refugiados de guerra y a los huérfanos, sino también a los hijos de padres necesitados. El registro se hizo a través de una oficina situada cerca de un mercado de flores en la calle San Nicolás 17. La Comisión de Cultura de las Brigadas Internacionales tenía su sede en este lugar. Esta comisión fue la patrocinadora del "Campo Lukacs".

En colaboración con organizaciones españolas, la Comisión de Cultura del S.S.I. de

Murcia organizó un pequeño festival en el Jardín Botánico el 17 de octubre a mediodía. Por primera vez, los propios niños del "Campo Lukacs" estaban en primer plano. Se alinearon en dos filas. Luego interpretaron canciones y poemas que su maestra había practicado con ellos. A los niños les encantaba cantar. Betty podía escuchar sus canciones a través de la ventana del hospital. Algunos de los niños acababan de regresar de un emocionante viaje en tren desde Francia. Miles de niños refugiados españoles habían sido puestos a salvo al otro lado de la frontera pirenaica. Se había organizado una reunión con ellos. El "Campo Lukacs" sólo abarcó una parte de la tragedia española, aclaró Blanca Pérez, secretaria de las Juventudes Socialistas Unificadas de la provincia de Murcia, al público adulto del festival en su discurso con expresión seria.

Poco antes de la Navidad, se celebró un festival infantil del "Campo Lukacs" en el Teatro "Circo Villar", el segundo gran teatro de Murcia. Hermine pronunció un discurso en nombre del hogar infantil. Estaba emocionada. Tanto el director del Centro Sanitario Internacional como el alcalde de Murcia estaban presentes. Muchos pacientes de las Interbrigadas se sentaron entre el público. Algunos asumieron el apadrinamiento de huérfanos individuales. En agradecimiento, los niños pintaron cuadros de colores para los heridos extranjeros. Luego se colgaron con orgullo encima de la cama en el hospital. Algunos de los pacientes que se recuperaban se encargaban de los niños. El conductor de la ambulancia, Council Gibson Carter, se quedó en el "Campo Lukacs" como chico para todo. A los niños les encantaba. Cuando el hombre negro con camisa blanca y tirantes se sentó en el pequeño muro frente a la entrada y dio una calada a su pipa, todos vinieron saltando. Gibson ya tenía más de cincuenta años. En la guerra de España, se sintió verdaderamente libre por primera vez en su vida. En su tierra natal, los niños blancos se hubieran sentado lejos de él. Sus antepasados habían sido esclavos. Aquí en Murcia, nadie le llamó "*nigger*". Todos le saludaron respetuosamente con el puño en alto, incluso la policía. Mostró con orgullo su carné de afiliación al Partido Comunista de Estados Unidos a los camaradas españoles.

[...]

VI.

Mataró

Las tropas de Franco avanzaban inexorablemente en Aragón hacia el Mediterráneo. Si llegarían a la costa, abrirían una brecha en el territorio de la República. Murcia

quedaría entonces aislada de la parte arriba, se preocupaba en el Centro Sanitario. El ambiente ya era tenso. A finales de febrero, dos pacientes habían muerto durante las operaciones en el "Universidad". El domingo, 13 de marzo de 1938, el director, el Dr. Minkoff, irrumpió en la sala de enfermeras. Ante los ojos de las enfermeras presentes, crítico al médico jefe responsable, el Dr. Alexander Tudor Hart. Le acusó de dejadez y de no haber prestado atención médica. En su ya duro alemán, el búlgaro le gritó al británico de frente. El Dr. Hart era un caballero con un bigote elegante. Pero también dominaba el alemán. Acusación infame, contestó. El ruido se oía en toda la casa. "¡Si hubiéramos tenido otro cirujano, te habría hecho arrestar!", se dice que dijo el director. En el "Couturier" se enteraron por el médico austriaco Dr. Carner, que era amigo íntimo del Dr. Hart. Las constantes recriminaciones y mociones de desconfianza en el servicio sanitario se estaban volviendo poco a poco insoportables. Pero no había tiempo para discutir. Los acontecimientos se sucedían con rapidez.

En la noche del 11 al 12 de marzo de 1938, las tropas alemanas habían invadido la patria austríaca de Hitler. Al mismo tiempo, los aviones alemanes bombardeaban incesantemente ciudades indefensas de la República Española. En Madrid, la población buscó refugio en las estaciones de metro. Los bombardeos italianos Savoia sobrevolaron Barcelona durante tres días. Más de mil personas fueron víctimas de sus bombas. El 17 de marzo, el cónsul francés murió en un ataque aéreo sobre Castellón. Ese mismo día, un observador danés del Comité de No Intervención sucumbió a sus heridas. Había estado a bordo de un barco británico que había sido bombardeado desde el aire frente a las costas españolas en violación de su neutralidad. En vano, la República Española suplicó armas a Francia, Inglaterra y Estados Unidos. El mundo democrático se tapó los ojos y los oídos.

A las 14 horas del viernes 8 de abril de 1938, el Director y Comandante Dr. Minkoff dio la orden de evacuar el Centro Sanitario Internacional de Murcia. Para evitar el pánico, al principio prevaleció el secreto. Por la tarde, se anunció un plan de emergencia. Su realización fue caótica. Los pacientes miraban agitados por las ventanas. Abajo, los paramédicos con camillas corrían como hormigas. Hubo que llevar en brazos a veinte pacientes que no tenían fuerzas. Los camiones militares verdes y las ambulancias Ford oscuras estaban a la espera. El administrador del centro, Cesare Ravera, repasó su lista. Hubo que desalojar todo, incluido el mobiliario de la farmacia, incluso los zapatos del fallecido, que aún estaban en el despacho del comisario político Marcel Pimpaud. Sin embargo, en el "Pasionaria" se dejaron sacos de azúcar y alimentos enlatados. La logística fue asumida temporalmente por el hospital base español en el Malecón. Los españoles se quedaron. Sólo se fueron los

internacionales. La casa de los niños también fue evacuada. A las 19:00, Marcel y Cesare entregaron a la Agrupación Mujeres Antifascistas de Murcia las cajas del "Campo Lukacs" y de la comisión cultural. Los niños y sus profesores se trasladaron al hogar español "Luz". Todo se arreglará, las hermanas Eva Jansen y Franka Sternberg prometieron a los asustados niños. A Rudolf Matić le resultó difícil decir adiós. El trabajador de la mina de Zagreb era un hombre experimentado. Como soldado del batallón "Dimitroff" de la XIII Brigada, había acudido al "Radio" (ahora: "Couturier") con la tensión alta tras ser herido el 17 de diciembre. Allí fue tratado con nitrito, yodo y suminal. Junto con el voluntario William Ostrock, acabó dirigiendo el hogar infantil.

La Dra. Frances Vanzant, la directora, estaba enferma en su habitación cuando empezó. El Dr. Heller tuvo que tomar el relevo en su lugar para la evacuación del "Couturier". Tomás Torrecrosa, el secretario del centro, Joseph Artlieb, el almacenista americano, y Agustín Plaza, el administrador cubano, lo prepararon todo. Betty y Lola subieron y bajaron las escaleras a toda prisa. Los pacientes se estaban inquietando. Los cinco omnibuses que se habían pedido desde Albacete faltaban todavía. Al amanecer, tres locomotoras oscuras esperaban en la estación de Murcia. El Dr. Blank, el director calvo del "Universidad", había sido encargado por Minkoff de dirigir el convoy. Nervioso, se paseaba de arriba abajo frente a la entrada de la sala de espera. La tarea no le hizo ningún bien a su corazón.

El Dr. Hart se encargó del primer tren y el Dr. Vogel del segundo. En cada vagón, un médico o una enfermera debía prestar asistencia médica. El primer tren fue para los heridos graves. Viajaron tumbados. Un máximo de diez por vagón. En uno de los compartimentos se instaló un rincón para las operaciones de emergencia. Los heridos leves fueron divididos en grupos de 20 a 25. Subieron al segundo tren junto con el personal y tomaron asiento. El tercer tren permaneció vacío. Su finalidad era el embarque de más pasajeros en la ruta. Debía fusionarse con el segundo tren en ruta. Un total de 598 enfermos y heridos y 183 miembros del S.S.I. viajarían en él. Dos heridos graves de las Brigadas Internacionales, que se encontraban en grave riesgo de salud, y 69 heridos de las Brigadas Mixtas fueron entregados al cuidado del Dr. Suñol en el Hospital Base. Debían seguir al día siguiente.

La Dra. Lisa Freund estaba revisando las listas de vagones del "Couturier" en la vía del tren. Betty buscó su vagón y se subió. El primer tren salió de la estación de Murcia a las tres de la mañana. El segundo siguió a las cinco y media de la mañana. Avanzó a 12 kilómetros por hora. Nadie sabía hacia dónde se dirigía el viaje. El viaje duraría tres días y cuatro noches. Una última mirada por la ventana del compartimento. Pero ahora

no era el momento de las sensiblerías. Todos se sentían un poco mal. Los tristemente célebres bombarderos en picado de los fascistas podían aparecer en el cielo en cualquier momento. Eran los Junkers Ju-87/29 alemanes y sus ataques causaron pánico en todas partes. El tren se detuvo por primera vez en Orihuela. 300 pacientes y personal del hospital local de las Brigadas Internacionales subieron al tren. El aire del compartimento se volvió viciado y se produjeron fuertes toses. Los pacientes gritaron dónde habían dejado las botellas de orina. En algunos vagones faltaban enfermeras. Betty y sus camaradas recorrieron los compartimentos. Se calentaron con los gritos. Su jefa Frances no estaba de buen humor. Con el rostro pálido, la estadounidense observó el proceso desde su asiento. Por qué el Dr. Fruchter no estaba moviendo un dedo, el Dr. Vogel regañó en voz alta. ¿Y dónde diablos estaba Marcel, el comisario político?

El tren se alejó de la región donde Betty había pasado un buen año cuidando voluntariamente a camaradas enfermos y heridos. Tras el traslado de Eva Korčák a Huete a finales de año y el de María López Rodríguez al "Dubois", Betty había asumido por fin la jefatura de enfermería del "Couturier". En los últimos días había sido sustituida por Lola Belda Hernández. Nadie esperaba la repentina evacuación. El 1 de marzo, el pueblo de Beniaján aún celebraba con las enfermeras de las Brigadas Internacionales. Tres días antes del cumpleaños de Betty, una bandera bordada había sido presentada a las Brigadas Internacionales el domingo por la mañana en el Teatro "Romea" por José Bernal, secretario del Socorro Rojo. Los niños del "Campo Lukacs" habían presentado en el escenario dibujos alegóricos de un realismo aterrador. Después, una gran multitud se había dirigido a la sede del gobierno provincial. Soldados, representantes de la Agrupación Mujeres Antifascistas, enfermeras, médicos, residentes de la ciudad. Un periodista contó más de setenta pancartas y banderas. Desde el balcón, el gobernador Vicente Sarmiento Ruiz había agradecido calurosamente a las Brigadas Internacionales con vítores. A Betty le hubiera gustado despedirse de las lavanderas y a las mujeres antifascistas, a Nicolasa, Carmen, Elisa y todos sus nombres. Gente a la que había cogido cariño.

Hacia las ocho, el primer tren llegó a la estación de Valencia. Las sirenas sonaron sobre la ciudad, alerta de ataque aéreo - falsa alarma. A medianoche, llegó el segundo tren. Se distribuyó pan de chocolate para refrescarse. En la estación, el Dr. Vogel recibió un telegrama que causó mucha confusión. El convoy recibió la orden de regresar a Murcia. Nadie sabía de dónde venía la orden. El Dr. Vogel decidió ignorarlo. Pasaron la noche en el tren. Al menos podían usar los aseos de la estación. A la mañana siguiente continuaron hacia Castellón. Allí hubo que cambiar de tren, acompañado por los gemidos de los pacientes. Cuando llegaron a la ciudad de Nules, pasaron la noche

en un hospital. Al día siguiente, el 11 de abril, el primer tren llegó a la estación de Barcelona, y el 12 de abril, hacia las cinco de la mañana, el segundo tren. La base de las Brigadas Internacionales estaba ahora en el suburbio de Horta. La base de Albacete también había sido evacuada. Sus unidades estaban siendo reagrupadas. En adelante, El Servicio Sanitario Internacional iba a ser sustituido por la Ayuda Médica Extranjera. La A.M.E. tenía su sede en el corazón de Barcelona, en el número 126 de la Rambla de Catalunya, un animado paseo. Al otro lado estaba la avenida Diagonal, donde había dormitorios para el personal en el séptimo piso de la casa nº 520. La oficina de la sección de efectivos de la A.M.E. estaba un poco alejada en la calle de Mariano Cubí. En mayo, el Dr. Edward Barsky se convirtió en director temporal de la A.M.E. El estadounidense se había distinguido como cirujano en el "Beth Israel Hospital" de Nueva York. Bajo su dirección se creó el "American Medical Bureau". También fue él quien consiguió enganchar al físico Einstein para el Comité de Ayuda Americano. En enero de 1937, Barsky había partido hacia España para trabajar en los hospitales americanos del S.S.I. como cirujano.

El Dr. Minkoff ya estaba esperando en Barcelona. Algunas de las enfermeras fueron trasladadas con 100 pacientes a un hospital militar en la calle Tallers, cerca de la plaza Catalunya. Allí les esperaban otros 300 pacientes de las Brigadas Internacionales y mucho trabajo. Finalmente llegaron al destino de la evacuación. En la provincia de Barcelona había nuevos hospitales y casas de convalecencia para las Brigadas Internacionales. El mayor hospital estaba a 30 kilómetros al norte de Barcelona, en la ciudad costera de Mataró. Estaba cerca de la carretera que llevaba a Argentona. Detrás de un muro había un edificio de color beige con tres alas. A primera vista, un hospital normal. Detrás del carré, Betty encontró un gran patio con arcadas y galerías. Había muchos en España, Betty ya lo sabía. Por el lugar que ahora ocupaba, habían pasado miembros de la orden salesiana antes de la guerra. En un principio habían dirigido la escuela "San Antonio de Padua" en el edificio del hospital. Las antiguas aulas habían sido asignadas recientemente a 380 familias republicanas como alojamiento provisional para refugiados. El 11 de abril se habían pedido 400 camas y colchones, así como 1.000 mantas, sábanas y almohadas. En un apuro, el refugio se había transformado en el Hospital Militar Internacional de Sangre nº 1 de Mataró. El nombre y la numeración pronto cambiaron. Al final el sello decía "Clínica Militar Cirugía nº 7".

[...]